11;(781-42)

CLODOMIRO CABEZAS CABEZAS

# NUESTRO SOCIALISMO

Es aquel régimen de Gobierno que reconoce y respeta y que hace reconocer y respetar de todos, el derecho que cada persona tiene al alimento y demás necesidades de la vida y, como una consecuencia lógica de dicho reconocimiento y respeto, dirige todos sus esfuerzos a conseguir el máximum de producción y el máximum de consumo en un país, en beneficio directo e inmediato de todos y de cada uno de sus habitantes.

EDITORIAL DEL PACÍFICO
SANTIAGO-CHILE
1932

PROPIEDAD DEL AUTOR
INSCRIPCIÓN N.° 2706

# INTRODUCCIÓN

El momento excepcionalmente solemne que vive el país desde el día 4 de Junio ppdo., me ha impuesto el deber imperioso de recitar en la calle pública y en alta voz mi credo social, mi **Socialismo** que, pese a quien pese, es **su Socialismo**, el de la inmensa mayoría; me trae el mandato de unir mi grito al de todos los chilenos que hoy luchan valientemente por su ideales de redención humana.

En verdad que no es esta la hora oportuna para quedarse en casa indolentemente a la espera del periódico o del rumor que nos traiga cada tarde una noticia nueva sobre el número, calidad o condición de los muertos o contusos de cada bando.

Esta sería actitud de cobardes que no merecerían haber nacido en un país de héroes, como Chile. Por eso yo también, humilde como nací y como soy, bajo gustoso a la arena de estas lides cívicas y me inclino reverente ante la sombra de los héroes del Socialismo Chileno, que ya ofrendaron su vida o su situación, pero, óiganme bien todos, aunque pertenezco todo entero a uno de los partidos en lucha, como bien lo prueban mis principios democráticos y socialistas que aquí expongo, he venido a ocupar por un minuto esta cátedra de la publicidad, porque he visto que el deber primordial de todos, en esta hora solemne, es levantar nuestra voz más enérgica en demanda del respeto que la propiedad y las personas merecen, sea cual fuere su cre-

do religioso, social o político. Luchemos y combatamos con toda nuestra fuerza todos, porque es el momento de luchar, pero no lo hagamos atolondradamente, embistiendo contra las cosas ni contra las personas, que son valores que debemos conservar y respetar; luchemos contra los verdaderos enemigos de Chile y de la humanidad, los escollos de la malicia y del error.

Nada importe que nos motejen de apóstoles o de doctores sociales recién aparecidos entre nosotros, porque habemos millares que, como el que esto escribe, han tenido fé toda la vida en el Socialismo o sus tendencias y que, solamente ahora, en el momento en que la lucha social entra en su faz más ardiente, y, como lo acaba de decir el propio Papa, en que ya todo el mundo ha visto el predominio de unos pocos ricos sobre una inmensa muchedumbre de pobres, nos echamos a la calle a defender con gritos y con toda nuestra fuerza los sagrados derechos del pueblo y de los trabajadores que han acumulado (sin quererlo, naturalmente) los privilegios de los ricos, como lo dijo también el Papa en los Cablegramas del día 10 del mes de Julio último.

Todos pedimos pan, todos pedimos instrucción y educación, todos pedimos abrigo, todos pedimos techo para nosotros y para nuestras familias. ¿Que es mucho eso? Es poco todavía y pedimos más: todos, a fuer de verdaderos socialistas, pedimos que el Estado, al que conocemos no como (1) un simple guardián, convertido en una máquina legisladora al margen de la vida económica, sino como (2) la manifestación más alta del principio social (3) esencial-

(1) Carlos Dávila. Discurso 25 Junio, 1932.
(2) Revista de Identificación, N.o 24, 1930.
(3) Carlos Dávila. Discurso 25 Junio, 1932.

mente activo, todos pedimos, digo, que el Estado garantice a cada ciudadano en la posesión de ese techo, de ese abrigo, de esa cultura, de ese pan y de todos esos bienes que todos necesitamos día a día y que no pueden, es un principio de simple lógica, estar sometidos, como ha sucedido hasta hoy día en todas partes, ni al azar ni al capricho de los individuos particulares, llámense o nó dirigentes, de suyo egoistas o imperfectos. Ahí está el quid, no lo busquemos en otra parte, del reto lanzado por la prensa internacional capitalista al Socialismo Chileno, en el sentido de que, según ella, **no podrá cumplir.**

Que no nos traiga nadie aquí el manoseado argumento o cuento de La Historia, de la antigüedad del mundo y de la multitud de pueblos que han vivido a base de amos y de servidores, de privilegiados, y de desposeídos, de nobles y de plebeyos, de señores y de esclavos, de sabios y de ignorantes, de magnates y de humildes, de aristocracias y de multitudes, de hartos y de hambrientos, de capitalistas y de proletarios famélicos y de qué sé yo cuántas candideces e infamias por el estilo.

Nosotros los hijos del pueblo, los trabajadores tenemos, como lo vamos a ver mas adelante, argumentos, digo armas, para destruir de un sólo golpe tantos espantajos y fetiches.

El pueblo de Chile está preparado ya, dígase lo que se quiera, para fijarse sus destinos y no necesita ni desea mentores: sabe que el capital, que él produjo, es necesario, como lo es el Gobierno estable y el Estado Socialista; sabe que el hombre que rige los destinos del país no es ni debe ser otra cosa que un intérprete de la tan discutida voluntad popular o nacional; sabe que este ciudadano no puede ser ni omnisciente ni omnipotente, pero que mediante la la-

bor de los técnicos y demás colaboradores indispensables, no necesita saber ni poder más de lo que sabe y puede para dar al país lo que el pueblo necesita y pide.

No es necesario ya hablar de pseudo-marxismo ni de otros pseudos; no precisa que se hable de masas analfabetas ni semi-analfabetas ni de otras delicadezas de este jaez: estos fundamentos del Derecho Capitalista no sirven ya para despojar al pueblo chileno, que hoy pide, reclama y que obtendrá por la razón o la fuerza lo que es suyo: el patrimonio nacional, hecho girones en manos del error, de la malicia y de su mas aprovechado engendro, el capitalismo sin control.

Ha llegado la hora de las luchas y de las discusiones sociales que harán luz, en grande escala; ha llegado para Chile el momento en que el pueblo hablará y manifestará en forma clara su voluntad.

Este pueblo protesta de que haya atrevidos que lo traten de inculto o de que se diga que en otros pueblos la masa (¡así se le llama!) es más civilizada y preparada para gobernarse.

¡Que venga pronto la Constituyente; Que el pueblo discuta larga, ampliamente en las calles, en las plazas y en todos los lugares públicos apropiados, sobre principios de nuestra Constitución Política, sobre los fundamentos del orden social, sobre la verdadera riqueza del país, sobre las libertades de prensa, del trabajo, del culto, etc., etc. Es interesante y agrada ver que el primer diario de Sud América, "El Mercurio", de fecha 16 declara: que es lógico que esta transformación social sea discutida con ardor; que aparezcan opiniones favorables o adversas en sus diversos matices; es propio de país civilizado y con el hábito de influir en sus propios destinos, que cada

hombre consciente y con alguna cultura cívica reclame alguna parte en la resolución final sobre su suerte política y social; cada día se han hecho más fuertes en Chile, como en todo el mundo, el sentido de los intereses de la colectividad y el derecho de pesar en ellos..... Hay sobrada razón: ¡todos tenemos el derecho y el deber de discutir ampliamente nuestros propios **asuntos!**

¿Creéis, por ventura, que habría necesidad de fuerza pública, para resguardar esas millares de cátedras improvisadas que. de la noche a la mañana, se levantarían en todo el país, en donde el pueblo y, no os riáis, los sabios de hoy día aprenderían mas de una hermosa lección, sin que costara un céntimo a nuestro Erario Nacional, escuálido, a causa, en gran parte, de esa instrucción y educación que, en lugar de sobrarnos, falta?

En Inglaterra y otros países, estas discusiones públicas, libres y amplias, tienen la virtud de levantar el nivel moral e intelectual de las poblaciones. ¿Por qué no podría serlo aquí?

Estamos convencidos de que el pueblo que, mas que un actor, un orador o un particular cualquiera, desea y necesita preparación, remota y próxima, para el día ya cercano de la Constituyente de la República Socialista de Chile, ganaría inmensamente con estas grandes reuniones y discusiones públicas de todos los problemas que a todos, sin excepción, nos interesan directamente y de los que, repitámoslo, tenemos el sagrado deber de ocuparnos. Solo deberíamos poner una condición: Que se haga previamente una campaña en el sentido de que los propios auditorios no den su aprobación a los que usen lenguaje destemplado, insultativo o injurioso para las personas, que es impropio de los pueblos cultos. Los

que, apesar de esta campaña cultural, constituyeran excepción, que habrían de ser pocos, tendrán derecho a la asistencia médica de los Carabineros.

Sin duda que es una verdad indiscutible la frase citada por "El Mercurio", de fecha 16 de Julio: **Los males de la libertad se curan con la libertad misma.**

Y por otra parte, como lo decía don Agustín Edwards, en uno de los banquetes que recientemente ofrecía al personal de su prensa, **todo, absolutamente todo se puede decir: el punto está en la manera de decirlo.**

¿Por qué, entonces, no se fomenta y orientan científicamente esas grandes discusiones populares, que habrían de ser una ayuda efectiva para hacer luz sobre la verdad social?

El Estado, y si le parece mal a Ud., el Gobierno puede hacerlo.

¿Acaso no es la luz el principio de todo bien, de todo lo que existe y de todo progreso?

Gobernantes de Chile, al menos vale la pena pensarlo.

Entramos, pues, inmediatamente en materia, ya que necesitamos, es conveniente y deseamos ser lacónicos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

# SOCIALISMO

Por Socialismo se entiende aquel régimen de Gobierno que reconoce y respeta y que hace reconocer y respetar de todos el derecho que cada persona tiene al alimento y demás necesidades de la vida y, como una consecuencia lógica de dicho reconocimiento y respeto, dirige todos sus esfuerzos a conseguir el máximum de producción y, (perdonen economistas y financistas multicolores) el máximum de consumo en un país, en beneficio directo e inmediato de todos y de cada uno de sus habitantes.

No aparece aquí la palabra Estado que algunos quisieran ver pegada como lapa dondequiera que asome el Socialismo y esto se explica porque, en verdad y honradamente, no se puede hablar de Estado sino una vez que se es un socialista de carne y hueso. Los socialistas instituyen el Estado y le dan mil facultades e ingerencias, porque así es necesario para que haya bienestar. ¿Dónde están los enemigos del socialismo, quiero decir de la Lógica y de la Razón Pura? Que salgan aquí a la luz.

Siendo, pues, como efectivamente lo es, esta que hemos dado, la definición precisa, genuina y verdadera de la teoría Socialista, tendremos que convenir en que el Socialismo encierra en sí todos los principios del progreso humano y de la más elevada moral y, como si esto fuera poco, en que sus postulados reflejan nítidamente la voluntad soberana del pueblo

(luego lo probaremos) que, por sí sola, es bastante razón para que se cambie o transforme cualquier régimen social o de gobierno.

Aquellos grandes axiomas, **A tu prójimo como a ti mismo, No quieras para ti lo que quieras para otro, Todo para todos y todos para uno,** y demás principios, que son capaces de levantar la moral del más caído, se encierran íntegramente dentro del concepto del Socialismo.

No tienen cabida en el Socialismo, ni los privilegios injustos, ni el egoismo, ni el nacionalismo desenfrenados, ni menos aún el resto de ese inmenso tren de **bajas pasiones, locuras e ignorancias desencadenadas,** que hasta ayer gobernaron a Chile.

¿Qué Salomón, Licurgo, Solón, Platón, Marx y Proudhon, no dieron una definición acabada de Socialismo ni de República? No importa. La experiencia ha enseñado verdaderas novedades que hacen de esta definición de Socialismo un corolario, de acuerdo con las teorías ya expuestas y los deseos manifestados por el actual Jefe de la República Socialista de Chile, con cuya ideología estamos, desde hace años, en completo acuerdo y cuyos fundamentos científicos deseamos dejar plenamente comprobados en esta obrita de propaganda socialista.

## EL INDIVIDUO Y EL ESTADO SOCIALISTA

**El Estado soy yo,** pudo, hace poco, decir un individuo sólo, ante el mundo humillado, y lo decía con razón, porque en la Historia y en nuestros tiempos, el Estado, en vez de ser el guardador supremo del Derecho, como debiera ser, sigue siendo simplemente el guardador de los privilegios de una ínfima minoría y

a veces, como en el caso que citamos, de un solo hombre, déspota y envanecido con el poder.

La suma del poder público, todos los privilegios, todos los derechos, todas las libertades posibles e imaginables, han sido hasta hoy poco para la arrogancia de esta élite, **super-hombres o individuos-estado**, como quiera Ud. bautizarlos, al paso que el individuo de las llamadas masas, multitudes, muchedumbres ignaras tiene también todos esos privilegios, derechos y libertades, siempre que consienta en seguir arrastrando por todos los pueblos y campos de ambos mundos, su pesada cadena de miserias económicas y de afrentosa humillación social.

Este individuo no ha valido ni vale nada, porque el que vale todo es el Estado, es decir, ellos, los privilegiados. No se puede, pues, hablar de Individuo y Estado en el Régimen Social que vivimos hasta ayer, sino de individuos pobres y de **individuos-estado**. Vergüenza da tener que hacer este diagnóstico a que nos obliga nuestro deber de discutir y aclarar el así dicho problema social. Por eso, no ahondamos más: dejémoslo ahí donde se está.

En el Régimen Socialista, el Estado, en su calidad de regulador y controlador de la producción y del consumo, debe necesariamente intervenir y aún dirigir las actividades de cada individuo. Esto no implica, como los actuales **individuos-estado** quieren, la implantación de la esclavitud y del terror, ni la abolición de las libertades, títulos o derechos naturales de las personas: y sí solamente, que se hará extensiva a los hijos del pueblo esa condición tan cómoda que hemos indicado, en donde el individuo se siente Estado o formando una de sus partes integrantes, como les sucede a los ricos y privilegiados de hoy: una es-

pecie de panteísmo social, pero no erróneo, como el religioso.

¿Acaso no es evidente que ese control y esa dirección de las actividades del ciudadano por el Estado, son una garantía más y una prueba palpable de que se empezará a dar, no a unos pocos, como sucede hoy, sino a cada individuo y a su capacidad, una importancia que ningún régimen de Gobierno le ha dado?

¿Acaso se siente cercenado en sus derechos y libertades el príncipe heredero porque le han dado un tutor? ¿Acaso se creen perjudicados por la solicitud con que el Estado los cuida y los protege, los que hoy día obtienen todos los sueldos, todas las pensiones, concesiones, prebendas, granjerías y privilegios que se les antojan?

Hoy día se concede importancia a la inteligencia y demás dotes de los individuos, pero no en la forma equitativa que debiera hacerse, sino en forma que unos pocos ciudadanos, pretextando ser más inteligentes, más honrados, más sabios, la élite, como ellos dicen y usando de otras mil argucias, se constituyen en minoría privilegiada, en aristocracia explotadora de las necesidades de la inmensa mayoría y, al amparo de leyes inícuas o inconsultas, en usurpadores de todos los más sagrados derechos que la masa o pueblo tuvo en la historia, tiene en el presente y pudiera tener en el porvenir.

Por eso es que, ahora, estamos todos por igual empeñados e interesadísimos en que, ya que la implantación de un nuevo régimen social es necesario e inminente, el Estado sea para todos como lo ha sido para los menos, un padre y no un padrastro. Ni podría ser esto último, desde el momento que la voluntad del pueblo (se sobreentiende), razón suprema

de todo cambio gubernamental, es que no se vaya contra ninguna de las libertades o derechos legítimos, dentro de la Ley y del Orden, de la armonía social y de las capacidades de cada ciudadano y del país.

Por eso, también, bajo todos los conceptos, es evidente que el Socialismo hace del individuo el primer factor del progreso, sacándolo del anonimato, de la penosa humillación y de la postración económica, en que hoy se debate sin esperanzas entre las multitudes inmensas, en estado de homogeneidad indistinta, lo dignifica, haciéndolo objeto de la atención preferente del Estado Socialista y asegurándole el máximum de bienestar compatible con las riquezas del mundo.

No es cierto que esta concepción del Socialismo sea irrealizable, porque presupone un Estado factotum que, a su vez, exige una inmensa y fantástica burocracia. No es cierto. Mas adelante lo probaremos y, mientras tanto, no olvidar que no hay cosa que no pueda hacerse con inteligencia y con la técnica de unos pocos, más la ayuda de la buena voluntad de muchos, ya que siempre habrá quienes no quieran ver y que, por sí o por nó, se obtinarán hasta que mueran, en seguir siendo un fardo para sus semejantes.

## EL HOMBRE SOCIAL Y EL SOCIALISMO

El calificativo de Socialista dado a la República de Chile y al concepto moderno de Estado, deriva, precisamente, como lo vamos a ver, de su tendencia a dar la más amplia satisfacción a ese espíritu de sociabilidad, tan arraigado e innato en todo ser humano.

El Socialismo quiere mantener y crear Institu-

ciones, que sirvan para el desarrollo de este espíritu social, único progreso que merece el nombre de tal; hace de toda idea noble, de todo anhelo, de todo esfuerzo, privado o público, un factor de unión y de cooperación en la persecución y el logro del bienestar colectivo y particular.

No lo hacen así los regímenes no socialistas, porque, allí, el partidismo político, el egoismo desenfrenado, el nacionalismo brutal e innumerables otros vicios y prejuicios, que todos conocemos, siembran la inmoralidad, el desorden, la ruina, el pánico y la división en la familia chilena y en toda la sociedad humana.

El grupo gobernante usufructúa de esta división y de este luchar fraticida y caótico en todo orden de actividades, manteniéndose en el poder; mas, el hombre moderno no es el hombre encadenado de la historia, pues si la historia es capaz de enseñar algo en materia de fenómenos y trastornos sociales, ello es que estos trastornos y fenómenos no están al alcance de la previsión ni de la voluntad humana. Tenemos muy bien grabado en la mente aquello de que toda la vida del hombre en la tierra es un pelear y, por consiguiente, no ignoramos que la lucha en la vida humana es un principio social, pero de allí a que vayamos a establecer parangón entre las luchas que ennoblecen y las que degradan, hay distancia de años de luz. Al que tal cosa nos objetara en contra de nuestras teorías socialistas, le podríamos prometer de nuestra propia cosecha un tratado, si no completo, no muy deficiente, sobre las mil y una formas de luchar por el progreso humano sin necesidad de arruinarse ni de retroceder al estado de barbarie.

Y este es uno de los aspectos mas interesantes y novedosos del socialismo: su capacidad para derri-

bar las vallas y obstáculos insalvables, que el fanatismo y los añejos prejuicios sociales, económicos y políticos han puesto en el camino de la sociabilidad humana y ante los que todos hemos visto caer hechos triza toda clase de nobles esfuerzos, los ideales, los entusiasmos, los idilios, los lazos de amistad.

Realmente, vale la pena vivir para seguir luchando hasta morir porque termine pronto este estado sin socialismo, en donde, tanto los nobles propósitos del Quijote como los inocentes anhelos del Sancho se despedazan estruendosamente, ante la carcajada horrenda del error inmenso y de la malicia sin límites, constituídos en ídolos del hombre enloquecido. ¡Vuestra sociedad sí que es delirio!

¿Que no hay necesidad de cambiar nuestro régimen social? Que sí, lo repetimos y que venga y sea mil veces bienvenido el socialismo chileno, único concepto capaz de respetar íntegramente el espíritu social y que no dará margen, perdone Ud. la disgresión, para que ese Profesor Universitario Yankee vaya a ponernos con razón, de oro y azul en esa **Historia Universal de la Estupidez Humana** que, al decir de los últimos periódicos, acaba de terminar de escribir un prólogo de quinientas y tantas carillas.

Nos declaramos partidarios de ese Profesor, porque amén de los errores en que él también puede incurrir, a buen seguro que nos indica muchas verdades útiles que no todos conocemos.

Pero que venga a Chile ese Yankee, antes que prosiga su H. U. E. H., que encontrará entre nosotros, ahora que está fresca todavía la novedosa y verdadera Historia de nuestra política, de nuestra economía, etc., sin nada de eso que las palabras dicen, de nuestro régimen social sin asomo de Socialismo, que venga, digo, y entre los documentos vivos

que nuestros hombres podrán proporcionarle, hallará paño cortado para escribir, desde luego, un segundo volúmen para su obra, que en nada desmerezca del primero.

## LAS CLASES SOCIALES Y EL SOCIALISMO

La sabia naturaleza, que nada hizo que no fuera perfecto, hermoso y digno de nuestro estudio y meditación, estableció esa admirable escala de gradación en la capacidad intelectual, moral y física entre los hombres.

Esto no lo niega ni el católico, ni el budista, ni el rico, ni el pobre, ni el conservador, ni el colectivista, ni el sindicalista y, sinceramente lo creo, ni el comunista exaltado, ni menos aún el socialista moderno. Son principios evidentes para todos.

Pero, díganme Uds., ¿qué inteligencia cultivada o qué corazón bien puesto puede sentirse herido por estas naturales diferencias entre los individuos? ¿Quién no admiró a un Mozart, a un Aristóteles, etc., etc., con toda la efusión y sinceridad de su alma?

Esta consideración basta para comprender que las actuales clases o Jerarquías Sociales no responden ni por mucho, a este orden natural. Las actuales clases sociales son, y con toda razón, motivos de encono, y lo serán de sangrientas luchas, mientras duren esas diferencias irritantes, sea cual fuere la cultura o incultura de cada uno de esos grupos que tienen intereses diametralmente opuestos, dentro de una misma sociedad, si así puede llamarse.

No podría el hombre, torpe como es y lleno de malicia desde su nacimiento, dejar de abusar de este bellísimo gesto de la naturaleza que, para el bienestar de todos, los hizo distintos a unos de otros

y, de consiguiente, distintos con necesidades que no pueden satisfacerse sino en forma distinta.

Pero ¿es este el orden o finalidad que se observa en las clases sociales? Nó y mil veces nó, porque, mientras se ha dispuesto que una clase pueda satisfacer todos sus vicios y necesidades, la otra no puede subvenir ni siquiera a sus necesidades mas apremiantes; mientras la naturaleza establece una diferencia tal que permite poder decir que cada uno es hijo de sus obras, la sociedad establece las diferencias (¡y qué diferencias¡) antes que nazca el individuo, que vendrá al mundo a gozar de privilegios injustos o a padecer miserias, también injustas.

¿Qué enemigo de Socialismo o de teoría moderna cualquiera, sería capaz de negar la evidencia de esta injusta y desnaturalizada organización social en que nos debatimos?

Pero aún hay, triste es tener que confesarlo, hombres a quienes creíamos dotados de una visión inteligente de las cosas, que niegan al pueblo todo derecho y toda posibilidad de conquistar un pan mas y ni siquiera le conceden el mínimum de bienestar dentro de un mundo menos malo, que cause menos asco que el actual.

Veamos lo que dice un articulista, en "El Mercurio", de fecha 5 de Mayo próximo pasado. Algo puede enseñarnos en esta afanosa búsqueda de la verdad Social en que estamos empeñados y que creemos ver ya sinceramente en el Socialismo Chileno. Dice: Las masas no pueden nada por si mismas; para que puedan algo, deben empezar por organizarse y quien dice organización, dice guías, jefes o conductores, y quien dice guías, jefes o conductores, dice aristocracia u oligarquía o dice en otras palabras influencia real de unos pocos; o gobierno real de unos

pocos; de donde se desprende que jamás las masas lograrán conquistar poder alguno sea que permanezcan en estado de homogeneidad indistinta, sea que, deseando organizarse, principien por subordinarse a un grupo de dirigentes.

Para nosotros los pobres, los que formamos en las filas de esa Masa que parece inspirar tanto desprecio, sería una lástima muy grande que fuera verdad tanta belleza de frases, presentadas como un fallo inapelable en contra de todos los derechos del pobre.

Si las premisas fueran una verdad indiscutible, la conclusión que el señor Brandau saca a favor de la aristocracia u oligarquía (hasta este momento no habíamos empleado este término) y en contra de nosotros los de la masa que (según él) debe subordinarse si quiere algo, también sería verdad indiscutible.

Las masas no pueden nada por si mismas. Es falsa esta premisa. Sin necesidad de directores ni guías de ninguna especie, el pueblo es capaz de castigar en forma terrible al que lo insulta o lo provoca, ya se trate de un orador, de un almacenero abarrotador, de un dirigente abusador, etc.

Nadie quisiera ser ni orador, ni almacenero, ni dirigente, cuando, con palabras o procedimientos, se ha logrado despertar la ira incontenible de esa masa del pueblo.

Entonces, resulta que para probar el poder de las masas por sí mismas, se procede igual como hacía el que quería probar el movimiento: echaba a andar. Provoque Ud. la ira del pueblo y verá que, en realidad de verdad, será Ud. castigado, **de donde se desprende que jamás las masas lograrán conquistar poder alguno** pero, porque el poder lo tienen ya integramente en sus manos y sólo falta una fórmula que les per-

mita ejercitar, en el futuro, todo ese poder, sin correr el riesgo de que esa aristocracia, esos pocos guías, esos pocos Jefes o esos pocos conductores, que no deberían llamarse así, sino simplemente intérpretes de la voluntad popular, puedan traicionar impunemente a sus mandantes, o sea, a las masas, como lo han hecho siempre en todas partes.

Ahora, respecto de esa necesaria incubación de conductores, jefes o guías, no es preciso que sean unos pocos y ello por una razón muy sencilla. Hay incontables millares de individuos, capacitados suficientemente para defender los verdaderos derechos de las masas, que son genuinamente hijos del pueblo. Es este un hecho que no puede negarse y, por consiguiente, tampoco puede negarse que es falsa la necesidad de formar esas minorías que todos conocemos a través de sus tan irritantes como absurdos privilegios.

Estamos en el Gobierno de todos, señor.

Para nadie es hoy un secreto el poder de la opinión pública y de la prensa que, hoy en día, es no el cuarto, sino el primer poder y que es capaz, siempre que cuente con la colaboración de buenos elementos de entre la masa del pueblo, de dirigir a los propios dirigentes de un país que, como dijimos, solamente deben llamarse intérpretes de la voluntad del pueblo, en la confección y cumplimiento de toda Ley y de toda reglamentación.

Es un hecho que nadie niega, este del número cada día más considerable de ciudadanos que en esta forma intervienen eficazmente en la dirección de los negocios públicos. Así las cosas, no está demás predecir que, de aquí a poco, queriéndolo así el actual Gobierno de Chile, llegaremos, antes que ningún otro país, a tener un verdadero Gobierno Socialista, del

pueblo y para el pueblo, sin necesidad de esos odiosos privilegios en las actuales clases sociales.

Mucho se habla de que el pueblo chileno aún no está preparado para gobernar y de que es necesario dejar que transcurran algunos siglos y edades antes de pensar en que pueda dársele el pan y demás derechos que reclama _____ Que transcurra tanto tiempo como para que los hijos, nietos, biznietos, tataranietos, etc., de los actuales privilegiados hereden, y se trasmitan entre sí, los irritantes y absurdos privilegios, a que tanto se acostumbra la gente que carece de moral suficiente para reconocer los derechos eternos de los trabajadores, que acumularon todas esas riquezas del mundo, hoy pésimamente distribuídas.

No oigáis a esta gente porque son parciales. También os dirán que otros pueblos mas cultos que el nuestro, como el de Inglaterra u otros, pueden reclamar y disfrutar de tales derechos porque su cultura, etc._____

Pero ¿acaso no saben estos señoritos, que la asi llamada nobleza inglesa es la más orgullosa del mundo y la más despreciadora de los derechos del pueblo?

Viene, entonces, a resultar esto y todo lo demás que se objeta en contra de los derechos del pueblo, como el argumento del lobo y del cordero que salieron a beber al mismo arroyo. El pueblo fué siempre el cordero, porque con leyes, artes y artimañas, o con fuerza bruta, siempre se lo comió el lobo.

Ahora, sin embargo, encerrado dentro de la coraza acerada de la conciencia plena de sus derechos sociales, personificada en el Socialismo y en ese estado vivo de que nos habló don Cárlos Dávila y que ya conocemos, no permitiremos los hijos del pueblo

que, contraviniendo y pisoteando todos los preceptos legales Constitucionales y Naturales, se vuelvan a entronizar en el mundo de nuestros asuntos las añejas castas privilegiadas, que enturbian la paz del mundo y ahogan en embrión todo hálito o principio de progreso social, que es el único verdadero progreso.

Esto es Socialismo: una sociedad de individuos distintos todos entre sí y capaces de constituir un sinnúmero de clases, grupos, familias o jerarquías entre sí, que tiene esta particularidad porque es cierto, verdadero y lógico, no sofístico, que este orden social se basa en la naturaleza misma de las cosas, en la psicología humana misma.

Así considerado, y no existe el más mínimo fundamento para considerarlo de otro modo, el socialismo no es una utopía ni un ensueño quimérico; nada tiene que ver con los extremismos de la teoría anarquista ni con ninguna otra que, llámela comunista, colectivista o como quiera, pueden perseguir la abolición de todo gobierno republicano, o una igualdad social que no existirá jamás, ni en la propia estructura de los individuos, ni en otra parte alguna de la naturaleza.

Además que en razón de que el Socialismo no es propiedad privada de ningún preceptista sociólogo, antiguo ni moderno, sino que, muy al contrario, es lo que la palabra misma indica, con etimología y todo, el sumum de sociabilidad humana, verdadera, lógica, honrada y todo lo que Ud. sea capaz de decir en su apoyo. Una quintaesencia de República Perfecta.

Nada de incongruencias ni contrasentidos, ni ensueños: no hay razón para hablar esas cosas. Ud. puede aplicar a esta nueva teoría de gobierno, a nuestro Socialismo o a la República Socialista de Chile y

si se le antojare decir, como el héroe de Cervantes a su ideal, todas las cualidades de perfección que desee, sin que por ello mienta o exagere, porque Socialismo, con todos sus sólidos fundamentos y sus inmensos resultados, es el sistema por excelencia del hombre social, en cuanto es social y susceptible de infinito perfeccionamiento.

## LA PROPIEDAD PRIVADA Y EL SOCIALISMO

Muchos volúmenes infolio no nos bastarían, si hubiéramos de referirnos a lo que escritores de todos los tiempos y épocas nos han dicho en su afán de resolver, en forma definitiva, este delicadísimo asunto de la propiedad privada.

Es problema importantísimo en Sociología y en muchas otras ciencias, porque su solución implica el conocimiento previo de innumerables hechos o factores, relacionados íntimamente con los medios de vida y de bienestar de cada ser humano.

Mas aún: Es un hecho innegable que los infinitos males sociales que hoy nos abruman y nos afligen, han sido originados por la inadecuada o mala solución que los sabios y los Gobiernos han dado a este Derecho de Propiedad.

En efecto, salta a la vista de cualquier entendimiento, aún de entre los más incultos, la diferencia tan grande que debe existir entre los resultados de un sistema, que entiende el principio de la propiedad en la forma que la vanidad, la ambición, la ignorancia y demás, no digamos intereses, sino pequeñeces de la minoría enriquecida durante siglos, a costa de la ruina del inmenso número, desearían, y otro sistema cualquiera, distinto u opuesto, en que el concepto

o la situación de la propiedad privada obedezca, no a los vicios e ignorancias apuntadas, sino a las necesidades y derechos reales de todos y de cada uno de los ciudadanos.

Son pues, aunque muy variadas, bien claras las causales que han determinado la formación de todas estas opiniones o escuelas filosóficas, que se ocupan del Derecho de Propiedad. Todos miran este derecho de la propiedad particular como un medio para conseguir el gran fin humano: el bienestar, hacia el cual van dirigidas, también, todas las Instituciones, empezando por la familia, que es la sociedad más pequeña, hasta terminar en el Estado, la entidad más trascendente que, en beneficio de todos y de cada uno, puede formar una sociedad de hombres libres.

De aquí se desprende, que estas discusiones sobre el Derecho de Propiedad no terminarán, y esto es bien y entretenimiento de los hombres, sino cuando todos se hayan puesto de acuerdo sobre los medios precisos para conseguir la felicidad, y en que consiste.

No se discutiría tanto sobre este derecho, si todos entendiéramos que nuestro bienestar se halla en el sistema Diógenes, o en otro que no necesite de propiedad, porque entonces la disputa quedaría reducida a la esterilidad de un estudio abstracto, sin aplicación en la vida práctica.

Pero hagamos la clasificación de estas escuelas o ideologías, que hoy se sustentan con respecto al derecho de propiedad privada que, digámoslo de paso, pueden aplicarse por igual en el concierto de las diversas naciones como en el de los individuos de una nación.

Hay quienes entienden el derecho de la propiedad privada en forma absoluta, y, para ellos, esta

manera de entenderlo, o sea, el sistema de entregar y abandonar todas las riquezas del mundo a la competencia, a la voluntad santa, a la lucha despiadada y desenfrenada de los individuos, con todo su endiablado bagaje de virtudes y caprichos, es el sistema ideal y verdadero, el origen de todo ese relativo bienestar, de esa moralidad, y del asombroso progreso material de algunos pueblos. (Sic.)

Estos profesores de derecho o discípulos se reclutan, por lo general, entre las personas adineradas y que, realmente, están gozando eso de parecer y sentirse propietarios. Es tan humano aquello de apegarse a lo que agrada: a tanto privilegio y a tanto poder fascinador de la gran propiedad, del mucho dinero y de la riqueza cómoda.

Pero es solamente una teoría la de estos caballeros. Por aquello de que cada cosa se ve del color con que se mira, ellos imaginan, creen y sostienen que se ajusta a derecho, y que es necesaria para la propia marcha del mundo, esta desproporcionada y desigual distribuición de la propiedad y de la riqueza. Ellos miran el problema complicado de la propiedad particular a través del gran deseo, incontenible, talvez, en algunos, de mantener tantos privilegios y tantas cosas buenas anexas a la riqueza que detentan.

La mayoría de ellos olvidan, es claro, sus deberes.

Por eso, no es necesario que, ni estos de la extrema derecha ni los de la extrema izquierda que, aunque lo desearan, casi nunca podrán dar muestras de su nobleza de alma, sean unos antropófagos, unos ogros, como lo decían a Napoleón. Nada de eso. Bien puede haber entre ellos bellísimas personas: un Corneggie, un Carlos Van Buren, una Juana Ross, una

Adela Edwards, etc., etc., para no hablar sino de unos pocos, entre tantísimos Yankees y tantos Chilenos.

Los extremistas de derecha, que todo lo creen y lo quieren para sí exclusivamente y para sus familias, y, solo quieren la ruina y la miseria eterna para los que, en la anónima repartición de la riqueza, tocaran la peor parte, son pocos y el pueblo debe perdonarlos, en atención a que hay mucho mas de 50 justos en la ciudadela de los privilegios. Así lo pienso y lo creo firmemente yo, hijo legítimo del pueblo y tanto o más que cualquier otro, aborrecedor impenitente de todas las injusticias sociales.

No son, pues, los sentimientos de filantropía o misantropía, los que determinan la clasificación de los defensores o impugnadores de la propiedad privada, en la extrema derecha o izquierda. Solo nos referimos a ellos, en el deseo que tenemos de demostrar que estas diferencias de credo, de clase o lo que sea, en que ha vivido la humanidad, no justifican las violencias que algunos auspician en la lucha social que, casi entera, gira en torno al derecho de la propiedad privada y los efectos de su aplicación.

Todos somos, cual mas cual menos, culpables de los males que nos afligen. Jamás ha hecho falta nuestro inevitable concurso de egoismo, de ignorancia, de indolencia o de cobardía moral, que son causa suficiente de gravísimos males.

Pero, volvamos al tema. Los ciudadanos que defienden el principio de la propiedad privada y que estiman que el dominio y el usufructo deben ser absolutos, sin limitaciones de ninguna especie, olvidan, pero enteramente, que, tomando el Derecho según el concepto general, nadie puede ser propietario sino existe antes el Contrato Social. Ese Visto Bueno de la Sociedad que, previas las formalidades de es-

tilo y, tomando en cuenta que el uso de este derecho beneficia o debe beneficiar tanto al componente como al todo social, reconoce a los individuos su derecho a la propiedad privada.

Es bien simple y no necesita ni comentarios: La Propiedad es una Función Social.

De entenderse las cosas así como quisieran los extremistas de la derecha, tendríamos entronizadas en el Gobierno del mundo las más insólitas e inverosímiles extravagancias y locuras. Habría algo así como para que ese Profesor de la Universidad de Columbia no terminara jamás su Historia, que es conveniente que la termine.

A poco andar tendríamos, por ej., Hombres-Estado, superiores al ideal de Galton, al Super-Hombre de Nietzsche, dueño de un país entero, y ya hay algo ahí por esos mundos de Dios que se le parece, a quien tendríamos todos que solicitarle por una caridad el pan y el agua, amén del permiso para respirar un poco de aire y tener fuerza suficiente para postrarnos de hinojos en la imploración del pan.

Una vez que todos famélicos estuviéramos hincados de rodillas ante él, este monstruo, más horrendo que todos los monstruos, daría a conocer con un gesto su voluntad de dar o de no dar comida a la masa.

Por ventura ¿exagero? ¿No hemos visto todos, desde que nacimos, montañas de productos y de alimentos que se incineran, que se arrojan al mar a vista y paciencia de millares de seres hambrientos y necesitados, que tomarían un bocado, una partecita para satisfacer sus necesidades? ¿Dónde está, entonces, la exageración? Nos horroriza la fealdad del hecho macabro, presentado en su amarga verdad, pero es necesario que los hijos del pueblo chileno

conozcamos alguna vez la verdad social, que la miremos valientemente y cara a cara, y hay tantas cosas como esta, que no exigen mayores conocimientos económicos ni financieros para ver su monstruosidad.

Veamos, ahora, el concepto que tienen de la propiedad los extremistas de la izquierda. Para ellos no existe este derecho, y Proudhon nos dice: **La Propiedad es el robo.** No debe haber propietarios.

Acaso los argumentos de estos extremistas no tengan, como lo vimos en la extrema derecha, otra base que el color a través del cual miran: el deseo que tienen de que así sea la verdad.

Les es doloroso ver, como viven los indigentes al lado de los ricos llenos de propiedades y han pensado en que, talvez, el mendigo no tiene nada, precisamente porque el que tiene mucho, en una forma u otra, al amparo de las leyes, que no es de necesidad sean justas, ha despojado al desheredado de lo que debiera ser su propiedad y su pan. De aquí que, con un razonamiento como este, concluyan en que **la propiedad es el robo.**

De aquí también que, con mayor razón aún que lo hicimos con los extremistas de derecha, no condenemos a muerte a estos extremistas de izquierda, llámense colectivistas o comunistas, y que solo lleguemos hasta ellos para convencerlos de que, entre sus doctrinas, hay una, al menos, errónea: la referente al **Derecho de la Propiedad.**

Es evidente que no es la lógica rigurosa que los ha llevado a la abolición del derecho de la propiedad, sino únicamente el deseo de acabar con los cuadros de miseria, al lado de la opulencia arrogante y de que haya el pan necesario para todos. Aunque andan errados, tienen un corazón noble, muy noble.

Pero ¿dónde está el error? Muy sencillo. Está, justamente, en que niegan lo mismo que están afirmando. Y si nó, dígame. Si La Propiedad es el robo, ¿Quién es el que roba, a quién roba y qué cosa roba?

Roba, naturalmente, el actual propietario, al verdadero propietario; lo despoja y le roba su propiedad, al decir de ellos mismos, que niegan este derecho.

En suma, con esta teoría resultan siendo todos propietarios, con dominio y con usufructo de una propiedad cuyo derecho se desea abolir.

Así son todas las doctrinas extremistas; de manera que Prouhdon, padre del colectivismo y del comunismo, no tuvo fundamento para jactarse de haber dicho esas dos palabras. En solo 70 años que van corridos desde su muerte, la humanidad ha pronunciado incontables palabras, tanto o más erróneas que aquellas: La Propiedad es el robo.

Aunque existe en el individuo esa tendencia tan natural a exagerarlo todo, la verdad no se encuentra nunca en los extremos: siempre se le encuentra en un término medio, y eso es una Ley de las cosas, que jamás debiéramos olvidar.

Veamos, entonces, el término medio en lo que respecta al concepto del derecho de propiedad, o sea, a la de los extremistas de derecha y de izquierda, que acabamos de considerar.

La Revolución Francesa, en su Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, estableció que, siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, sino cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo

exija evidentemente y bajo la condición de una justa y previa compensación.

Esta es buena teoría; la acepta el Socialismo, pero le introduce un perfeccionamiento y declara que, ante todo, **La Propiedad es una función Social** y, enseguida, cuando con esta premisa, queda a salvo el derecho que la sociedad tiene a no dejarse pisotear del individuo o, lo que es lo mismo, cuando ya queda a salvo el derecho que todos los demás tienen a ser propietarios, entonces cualquiera declara sus derechos.

Esto sí que es teorizar sin argucias; esto es resguardar los intereses y derechos de todos los hombres, estén o no presentes, vivan o no vivan, hayan nacido o nó. Lo demás, no es otra cosa sino dar margen para que se formen derechos para mantener injustos privilegios y odiosos intereses, creados en forma que no es el momento de analizar.

La Propiedad es un derecho inviolable, pero bastardo y sumamente odioso cuando un hombre egoista dice: **Tengo porque tengo**, y es un derecho simpático, natural y legítimo cuando todos los hombres dicen: **Tengo porque tienes.**

Este es el verdadero concepto del derecho de propiedad. Esto es lo que nos enseñan los más grandes maestros, empezando por la simple lógica.

El socialismo proclama, pues, el derecho que el Estado tiene a intervenir, siempre que un individuo, en el ejercicio de su derecho de propiedad, comprometa o lesiones los derechos idénticos que los demás miembros de la Sociedad tienen, bien al contrario de lo que se estila en el Estado liberalista, que permite al propietario, en especial a los grandes, toda clase de actividades, incluso las que lesionan evidentemente el derecho ajeno y los intereses de la co-

lectividad, que no otra cosa significan las inmensas fortunas, al lado del desenfreno y la falta de legislación y de reglamentación científica para el ejercicio del derecho.

El Socialismo, doctrina social modernísima, que obra con criterio científico y racional, en presencia de las actividades del individuo propietario, no podría considerarlo sino como lo que en realidad es: egoista, ambicioso, con la potencialidad suficiente para cometer cien errores y maldades.

En consecuencia, el Estado Socialista no podría adoptar otro temperamento que el de prevenir la llegada de tantos gravísimos males, provenientes de un ejercicio ilimitado del derecho de propiedad por el individuo propietario, de quien se pueden predicar tantos vicios, defectos y errores, como bien lo prueban hasta la saciedad, a quien tenga voluntad de verlos, los lastimosos resultados de los sistemas no socialistas, que no intervienen jamás al que ya tiene intereses creados. ¿La razón? El manda.

No espera el Socialismo que el Hombre Propietario provoque y acarree este tren de calamidades, sino que las previene desde el primer momento. interviniendo en todos aquellos casos en que la calidad o la actuación del hombre propietario, pueda ser nociva o fatal para los derechos o intereses de los demás individuos y de la colectividad.

## EL REGIMEN DE EXPLOTACION LIBERALISTA

Una vez establecidos como principios de vida social, las diferencias de clase y el derecho de propiedad, en la forma que acabamos de ver, errónea y enteramente contrario al orden natural de las cosas, el hombre tuvo libertad para explotar al hombre.

Nada fué obstáculo para explotar esta mina humana, inextinguible como la especie misma. Dicen algunos que solamente ahora que se le conocen sus quilates, hay máximo y verdadero interés en su explotación. ¡Qué de explotadores han nacido! Mejor que no miremos el cuadro.

Pero la verdad es que, desde aquella lejana fecha, desde ese momento que vimos, el hombre de la sociedad no-socialista explota a su semejante sin piedad. Le explota todas sus venas, vetas o facultades, sin dejar una. ¿Que para ello hay necesidad de engañarlo? Se le engaña. ¿Necesidad de mantenerlo en la ignorancia? Se le mantiene. ¿Necesidad de que mueran y sean mutilados por millones, como en las guerras de la Civilización moderna? Pues se matan simplemente y se mutilan, porque estos dejarán hijos que podrían servir para lo mismo. ¿Que el Socialista Jean Jaurés pudo ser un obstáculo para la matanza última? Se le remueve, simplemente, y se le mata a él primero.

Maquiavelo fué una sombra, porque aquí, medios pésimos tuvieron su justificación en fines peores.

No miremos la Historia Antigua. En nuestra era, un solo hombre mantiene miles de caballeros para el solo objeto de que lo aplaudan y batan palmas, cuando él aparece en el escenario del anfiteatro.. Todos conocemos centenares de Reyes y Emperadores que, cada uno, ha tenido miles de hombres para el servicio exclusivo de su augusta persona real o imperial.

Ni hay necesidad de mirar a esos grandes centros de degradación humana: basta solo mirar a nuestro alrededor, para ver el gran número de príncipes, caciques, reyezuelos y pseudo super hombres que nos rodean, que nos miran como materia explotable y que buscan y procuran con afán, la multi-

plicación del sub-hombre, producto no-socialista, para ponerlo a su servicio.

## EL REGIMEN DE COOPERACION SOCIALISTA

Pocas personas hay que no se hayan detenido mas de una vez a pensar en los secretos y riquezas que se encierran en el fondo del mar, las alturas del cielo y las entrañas de la tierra. Esos secretos, esas fuerzas, esas misteriosas riquezas se esconden a la mirada indiscreta de los hombres. Sin embargo, es evidente que están en todas partes: se hallan en la humilde gota de rocío, en el concepto de tiempo y espacio y, especialmente, en ese Universo vivo que llamamos hombre.

Todo este mundo maravilloso de incógnitas, todos estos inmensos dominios de la naturaleza esperan que el esfuerzo humano los conquiste, para ponerse al servicio de la sociedad y del hombre.

Pero, la naturaleza misma parece haber puesto como condición de estas conquistas, que estos dones, que estas riquezas fantásticas, habían de ser más asequibles a la humanidad, mientras mayor sea el perfeccionamiento de los individuos y se alejarían tanto más de ella mientras más el hombre se aleje de este perfeccionamiento.

En la conquista de todos estos dones se encuentra la propia felicidad de los hombres y, de aquí, que tanto abunden las miserias en aquellos países gobernados según el sistema capitalista u otros, que dan poco o ningún valor al cultivo de las facultades humanas.

El Socialismo tiende, pues, en primer término a esta conquista y al logro de la felicidad humana y

de consiguiente, busca y emplea todos los medios necesarios para conseguirla.

Ahora bien, es evidente que el máximo del desarrollo físico, moral e intelectual de los individuos, es resultado lógico y necesario del esfuerzo coordinado y simultáneo de todos los hombres para conseguir este perfeccionamiento, el que, a su vez, es el único medio para el logro de ese humano bienestar.

De aquí, también, se desprende que el Socialismo no puede, racionalmente, patrocinar un sistema de gobierno que no tenga por base la más amplia unión de miras y de cooperación entre todos los miembros de la Sociedad.

El Capitalismo, con sus intereses mezquinos y su egoismo estúpido, que se traducen en las divisiones humanas, puso una valla insalvable al bienestar colectivo e individual.

El Socialismo remueve esta valla, une a los individuos en la persecución de un mismo e idéntico ideal y facilita el camino de la felicidad humana, abriendo las puertas de la cooperación, que encuentra su fuerza en la unión de todos los hombres.

## INTERESES PARALELOS DE LA SOCIEDAD, DEL INDIVIDUO Y DEL ESTADO

Muy ayunos de estudio y de meditación sobre sociología, debieron estar algunos de los partidarios de los sistemas no-socialistas, cuando han cometido aberraciones como aquella de instituir al Hombre versus Estado o Sociedad. Estas entidades tienen, según ellos, intereses opuestos. Pero esto es falso, como vamos a probarlo.

El Socialismo afirma que los intereses del individuo particular, del Estado y de la Sociedad, no so-

lamente no son distintos u opuestos, sino que son unos mismos e idénticos intereses. Esto sí es verdad.

Vimos ya una faz del Estado, al hablar de Socialismo y, en el siguiente acápite, vimos la silueta de esos dichosos seres que se identifican con el Estado o que tal se llaman a sí mismos, cuando la increíble tolerancia de los pueblos laboriosos les ha permitido tamaña manifestación de atrevimiento. Pero, vale que volvamos sobre lo mismo y precisemos el concepto verdadero de Estado. De esta manera estaremos más capacitados para dar una opinión bien fundada, sobre si son o no afines los intereses del individuo con los del Estado y de la Sociedad.

¿Qué cosa es, en realidad, el Estado? ¿Es un individuo o un grupo de individuos? ¿Es esa decantada influencia real de unos pocos, esa dirección real de unos pocos, ese gobierno real de unos pocos?

En jamás de los jamases. El Estado es una fuerza viva que nace en virtud de la soberanía del pueblo. Ahora, si queremos saber cómo nace y cómo obra, o cómo debe obrar esta fuerza, es bien sencillo.

Todo el pueblo, vale decir, todos los ciudadanos de Chile, constituídos en Sociedad, y en virtud de la soberanía que tienen y que reside esencialmente en la nación, instituyen el Estado Socialista de Chile. Este Estado Socialista, hijo de la voluntad soberana del pueblo, no puede tener otras atribuciones, ni otras facultades, ni otras funciones que aquellas que los propios ciudadanos, que constituyen el pueblo soberano, determinen.

Ahora, ¿Cuál es el objeto que todos los ciudadanos persiguen, al crear esta fuerza, este Estado? También muy sencillo. Que sirva para resguardar

todos los derechos y todos los intereses de todos y cada uno de los ciudadanos.

Tenemos, entonces, que, quienquiera que sea el ciudadano o grupo de ciudadanos que dirigen esta fuerza, esta máquina o Estado, este Estado, fuerza o máquina no puede, ni lógicamente podría tener otros intereses que los intereses de toda la sociedad en general, y de cada individuo en particular. Quiere decir que los intereses del Estado, por una parte, y de la Sociedad y del ciudadano, por otra, son unos mismos e idénticos.

**El Estado no es un monstruo que devora al ciudadano que lo crea.**

Nos queda que analicemos los intereses del individuo, frente a los intereses de la colectividad o sociedad. No nos costará más que lo que hemos hecho con el Estado.

Así, tenemos que no necesita ni demostración el hecho de que, en principio, la vida misma de la sociedad y del individuo está basada en el mutuo interés a la mutua vida, en el más amplio sentido de la palabra. El individuo y la Sociedad se aman, se atraen como el imán al hierro y, por eso, confunden sus vidas.

Andemos un paso más. La vida del individuo, o mejor dicho, el perfeccionamiento de la vida del individuo, aumenta en proporción directa con la perfección de la vida de la Sociedad. El perfeccionamiento de la vida social, a su vez, aumenta en proporción directa con el número de sus componentes, siempre que sean perfectos o que estén en el camino de serlo, de donde se desprende que ningún interés puede haber tan grande para la colectividad social, como el de que todos y cada uno de los individuos vivan y se perfeccionen.

Y ¿acaso no es este, precisamente, el mayor in-

terés que puede tener un ciudadano, el individuo en sociedad, llegar al máximum del perfeccionamiento físico, moral e intelectual?

¿Acaso no es esta también la última finalidad del hombre y, por consiguiente, de la propia sociedad y del Estado, instituídos por el hombre para el logro exclusivo de sus fines?

Muy errados van, por consiguiente, los que no han tenido ojos o valor moral para ver con nitidéz que los intereses del Estado, de la Sociedad y del Individuo, no solamente no son distintos u opuestos, sino que son esencialmente unos mismos e idénticos intereses.

Más errados todavía van los que, con pretextos baladíes, llamémoslos de una vez por su propio nombre, apartan voluntariamente del camino del perfeccionamiento que la naturaleza ha trazado, al hombre y a la sociedad.

Y, en efecto, de acuerdo con lo que establecimos en el sentido de que es interés humano, social e individual el que los individuos vivan y se perfeccionen, ni siquiera una sociedad de caníbales o antropófagos pudo jamás tener verdadero interés en una guerra, como la última que vió el mundo.

He oído personalmente hombres, quiero decir, seres que recibieron el don del lenguaje humano, sostener que el mundo ganó con la guerra europea, porque murieron varios millones de consumidores; que el Kronprinz consideraba la guerra un deporte y los Jefes militares una necesidad. Digo yo, aunque prescindamos del punto de vista estúpido y brutalmente utilitarista, estos individuos amigos de la guerra que, como lo acabamos de probar, es inmoral e irracional, jamás han parado mientes en que la gue-

rra no mató siquiera un 2 o|o de la población y sí un 50 o|o de los productores.

Esto parece como si ese individualismo salvaje que ha regido al mundo, hubiera querido arrancar hasta el último resto de lógica del cerebro de la humanidad enloquecida.

## EL TRABAJO DE TODOS

Pocos años hace, un núcleo de trabajadores se lanzó a la lucha contra el sistema de explotación capitalista, al grito de o vivir trabajando o morir luchando.

Este grupo de hombres había logrado comprender bien a fondo la primera condición o Ley ineludible de la vida humana que, matemáticamente, y sin que haya lugar a ponerlo en duda por un solo segundo, no puede subsistir si el trabajo falta al ciudadano.

Por la razón lógica, por la moral, por la economía del mundo, sin que pueda haber en contrario ni el mas insignificante argumento, como lo acabamos de probar, es necesario, de toda necesidad, que todos los ciudadanos vivan. De consiguiente, siendo así como lo es, el trabajo una condición indispensable a la vida humana, todo hombre está moralmente obligado a trabajar y toda sociedad o gobierno humano está obligado, pudiendo hacerlo, a proporcionarle trabajo, el indispensable medio de vida.

El hombre social no podía sino entregar a la institución social más alta, al Estado, el resguardo de todos sus derechos y, muy especialmente, este derecho primordial, el más grande y sagrado, el derecho a la vida y al trabajo que la sustenta.

¿Cómo cumplen este mandato los Estados no

Socialistas? Sencillamente no lo cumplen, ni en una ni en ninguna forma. Los millones de desocupados que vagan por el mundo, mas la miseria reinante por doquier, son una prueba viviente de que tenemos toda la razón para condenar.

Realmente, asombra ver cómo los regímenes del mundo han hecho siempre tabla rasa de toda lógica y de toda moralidad, en lo que respecta al derecho del hombre a trabajar.

Solamente ahora, y en presencia de la actitud cada vez más amenazante del proletariado universal, los Gobiernos no socialistas empiezan a reconcentrarse un tanto dentro de sí mismos para meditar en la inmensa falla de las viejas sociedades: nada menos que el olvido completo del derecho humano a vivir. Todas las miserias humanas, personificadas en el capitalismo, han sido causa de este imperdonable olvido del Estado.

Pero los Estados (entiéndase esta palabra como ya la vimos) parecen tener sus complacencias con este niño regalón, diríamos, y obran como si no quisieran estorbarlo en el camino del abuso infinito. Millones de hombres, casi toda la humanidad despojada del trabajo y de sus demás condiciones de vida: más, todavía se cree que puede haber complacencias para este niño regalón, causante de infinitos males y perjuicios en la Casa del Hombre.

Y todavía hay personas, se ve que han estudiado bien poco y meditado menos sobre el problema social, que creen que la humanidad debería indemnizar al regalón de los Estados, en el caso de que acuerde fijarse sus destinos sobre una base de equidad, como el Socialismo lo exige.

Pero veamos más de cerca. ¿Cuáles son y cuáles han sido en Chile las condiciones del trabajo?

Simplemente de ruina y de total desastre para el individuo y el país.

No falta mas que una cadena bien larga y firme al cuello y_____ al mercado de esclavitud con todos los chilenos. No se necesita ser ni socialista, ni revolucionario para verlo.

Pero, repitámoslo una vez más en voz alta y que nos oigan todos: no es exclusivamente culpable de ello el grupo recalcitrante, entronizado en el poder, ni el detentador del dinero, a los que se ha dado en llamar las clases oligarcas o burguesas. Nó y nó y nó.

Aparte del linaje bien poco noble de las dinastías reinantes, es culpable de toda esta ola de calamidad pública el error, la ignorancia y, más que nada, la maldad o el egoismo desenfrenado a que nos hemos entregado por sistema, todos, en todas las esferas de la sociedad.

Primero yo, antes yo y después yo; vivamos y bebamos; sólo importa pasarlo bien; el que tiene plata manda y el que no se va_____ Ud. también sabe; cuando se puede hacer algo que es inconsulto o bestial pero que es voluntad del egoista, por la razón o la fuerza, y así.

¿Cómo, con una moralidad y principios de baja ralea al estilo de estos, podía encontrar camino en nuestro país ninguna clase de progreso, ni social ni individual?

El individuo no fué para el individuo más que una vil mercancia explotable; el abominable sistema de las utilidades, sacadas de cada siervo, digamos hombre, fué puesto en práctica inflexiblemente, contra el trabajador de nuestros latifundios por el castellano, aventurero de ayer, convertido en terrateniente y Señor Feudal absoluto; el obrero de las fábricas fué mal rentado y peor considerado y, perdo-

nen los Estados Unidos del Norte y otros paladines de la explotación del hombre por el hombre, nuestro obrero de todas las minas y pampas fué el peor tratado del mundo.

Nuestro linajudo agricultor, enseñoreado de tantas tierras por voluntad de su señor Rey o Viso-rey o por otras causales no menos sacrosantas, no pensó en que podía tener deberes para con la sociedad.

¿Aumentar la producción, primer principio de bienestar? No había necesidad de eso; con adoptar una situnción estratégica en la Administración Pública, en forma que no se les escapara de las manos la parte más apetecible de las rentas salitreras, era suficiente.

No había para qué darle instrucción ni nada al inquilinaje, ni de cultivar las inmensas extensiones de suelo aprovechable, pues con parar en medio unas cuantas vacas y un reproductor, sin trabajo ninguno, resultaba un buen número de litros de leche y quesos para venderlos a las ciudades.

Sus principios eran ser él, antes y primero que nadie, vivir, comer y pasarlo bien y tener dinero para mandar. ¿Es admirable que se hayan hecho pocos los dineros de los empréstitos?

Le voy a referir un hecho que prueba lo que digo, y como éste podría referirle incontables otros. Nuestros grandes agricultores (así se llaman) no han ni siquiera soñado jamás en que tuvieran deberes para con la sociedad, que a ellos mismos les da su existencia.

Hace alrededor de tres años, en compañía de un buen número de amigos que tenía en Santiago, pensé en adquirir para todos un pequeño fundo rústico, en donde pudiéramos cooperar al resurgimiento

de la agricultura, sobre la base de nuestro propio esfuerzo y demás ideas consiguientes.

Hice público el hecho de que necesitaba hacer esa compra y se presentaron numerosos interesados a hacerme venta de sus fundos. Analicé, estudié bien diversas proposiciones de venta de fundos en los alrededores y aún a las propias puertas de Santiago, pero no resultaron convenientes y, entre las restantes, me pareció bien una, que nos hacía un caballero que tenía varios fundos pequeños, no lejos de Santiago y que, por muy grandes apuros de dinero, y por otros motivos, nos vendía uno por un precio muy conveniente, dándonos a escoger.

Cuando ya teníamos bastante adelantadas las conversaciones, pudimos observar y conocer bien a fondo, que este pobre caballero tenía enormes urgencias de cualquier cantidad de dinero, porque, a raíz de unos viajes de placer por Europa, se le había terminado el de una primera hipoteca. Ultimamente, deseando impulsar la explotación, no de los inquilinos sino de los fundos, queriendo pagar cuanto antes la deuda primera, que lo tenía casi loco de preocupaciones, según nos conversó él mismo en forma expontánea, obtuvo un nuevo préstamo, si mal no recuerdo de $ 105,000.00, con los que haría toda clase de plantaciones y cultivo, más la adquisición de maquinarias y animales que, hasta ese momento, brillaban por su ausencia.

Bien: esto no sería nada. Lo grave viene enseguida: a instancias de la señora, que nunca deja de tener su participación en la cuestión vieja de la manzana y que, está demás decirlo, era muy inclinada a eso que llaman buen trato y buena sociedad, este caballero adquirió, en lugar de lo que había pensado, regio auto importado de los Estados Unidos, ocupan-

do en ello las 3|4 partes del nuevo préstamo de $ 105,000,00.

El resto, ni necesidad tenía de contarnos, se veía en otras elegancias, repartidas por todos los ámbitos de su confortable chalet.

Hechas las indispensables salvedades del caso, entre nuestros pocos legítimos patricios o patriarcas que, en realidad nos honran y que de verdad respetamos como lo merecen, es esta la situación de nuestros terratenientes que no trabajan y que, por lo menos, debieran comprender que es su obligación más elemental no negar el trabajo o medios de vida al pueblo trabajador. Y este es precisamente el deber que no han cumplido y de cuyo incumplimiento, aunque les sea doloroso, a causa de los prejuicios en que han vivido, son mucho más responsables que sus inquilinos, sumidos en la ignorancia, ante la sociedad entera que hoy sufre las consecuencias.

Parece que está bien claro esto de la situación del trabajo en nuestros latifundios, que ocupan la mejor porción del territorio chileno. Para generalizar más, basta aplicar esta misma historia sobre el trabajo de los centros urbanos y tendremos a la nación entera víctima del error, de la malicia y de los viejos sistemas económicos y sociales, que aún levantan su cara llena de peste para oponerse al avance del Socialismo, que el progreso humano reclama.

Ahora, creo que Ud. habrá visto la relación que existe entre los empréstitos nacionales, las ruinas nacionales y nuestros grandes latifundios.

¡Los medios de vida sobran, los empréstitos también sobraron, más el trabajo, sin el cual no puede vivirse, no hay!

## LA RIQUEZA

Al contrario de lo que se hace por lo general, somos convencidos profundos de que en la jerarquía de valores está primero el trabajo, enseguida la riqueza y por último el capital y en este mismo orden los analizaremos.

Muchas personas confunden el significado de la palabra riqueza con el capital y algunos hasta con la producción y el trabajo y de aquí que tengan un credo social construído integramente sobre bases falsas.

Riqueza, en nuestro concepto y según lo explica el diccionario, es **abundancia de bienes**. De consiguiente, puede ser rico un individuo y una sociedad de individuos si cuentan con bienes en abundancia, sean estos bienes materiales, morales o intelectuales. No entro al análisis de lo que puede significar una alta moralidad ni intelectualidad, considerados estos bienes como factor de la riqueza de un ciudadano o de un país, porque esto me llevaría más lejos del propósito que tengo.

Al hablar de riqueza, quiero solamente referirme a los bienes materiales, a la riqueza material.

Luego vamos a estudiar lo que es Capital y Capitalismo, pero desde ya vamos considerando de qué manera el Capitalismo, como aquel grajo repelente de la fábula, se adorna con las plumas del pavo real, tratando de aparecer como si él fuera la causa o una condición del bienestar humano, en su afán de que se le identifique o se le confunda con la propia riqueza del mundo, como si en realidad fueran una misma cosa.

Nuestro deber, es desbaratarle con dos palabras esta loca pretensión, sacarle inmediatamente esas falsas plumas con que se pavonea.

Bastará echar una sola mirada al panorama de los pueblos y su miseria, para ponernos maliciosos y, muy luego, sacar una conclusión contundente contra el sistema capitalista.

El gran Capital nos había dicho o dado a entender que él arreglaría nuestra economía; que su ayuda, aquivalente a una mayor riqueza, nos traería el aumento de la nuestra y, de hecho, un mayor bienestar.

Una vez que ya estuvimos en condiciones de mirar el grajo repelente como si hubiera sido un hermoso pavo real, quiero decir, cuando el Capitalismo nos hizo creer que él, el horrible, era útil y hermoso, tanto como sinónimo de la riqueza, afluyeron a Chile los capitales y los empréstitos, uno tras otro, como no lo habían visto ni soñado jamás nuestros austeros y modestos abuelos, hijos del esfuerzo y del trabajo.

¿Aumentó la riqueza de Chile? ¡Qué iba a aumentar! Lo que ha aumentado ha sido la miseria, que golpea cada día con más fuerza a las propias puertas de nuestra casa de trabajo incesante y honrado y el fantasma es tan grande, que ya muchos ni son capaces de ver que las riquezas de Chile, la riqueza verdadera, digo, sin la amuleta del Capitalismo, son inmensas e inagotables como las del mundo. Solamente falta lo que D. Carlos Dávila, dijo: **Una dirección de sentido total que discipline la economía individual** (1). No cabe disyuntiva: o seguimos con buena voluntad y mejor talante, éstas u otras análogas directivas, o perecemos.

El Capital Internacional fué nuestra ruina: nuestra riqueza nacional puede ser la base de nues-

---

(1) D. Carlos Dávila, en un discurso por radio de fecha 5, VII, 32.

tra salvación. No nos admire, entonces, que el Presidente Ibáñez, en vísperas de salir al primer destierro, y el Presidente Montero en varias ocasiones, a pesar y despecho de los $ 5.000,000.000 de la deuda Externa y de la ruina general, hayan manifestado su esperanza y su fé en el resurgimiento de Chile.

¿Han estado equivocados o han querido engañarnos? Ni lo uno, ni lo otro. Ellos no han reparado en que el Capitalismo, simple parásito de la riqueza, cuando se le adora como a un becerro de oro y se le solicita la merced de sus préstamos, produce necesariamente la ruina y la miseria, haya o no haya crisis, por las simples razones de lógica que dí.

Estos Presidentes de Chile han tenido el presentimiento y la mirada puesta en ese mar, en esas montañas, en esas pampas y campos y en los esfuerzos jamás desmentidos del pueblo chileno, llenos de posibilidades incalculables. Esas riquezas inmensas han mirado, han tenido fé y no lo ocultaron.

¿Qué pudo sucederles tal como al agricultor que vimos en el acápite anterior? Sí, más que seguro, porque se ha pensado poco todavía en suprimir el tributo del incienso al becerro, y todas las sendas del Capitalismo quedarán tapizadas de cadáveres y de miserias indescriptibles, sencillamente, porque es este el alimento esencial para la vida del monstruo.

Esos cultos y esos Dioses de Méjico y de tantos otros pueblos, que exigían sacrificios humanos, que parecen admirarnos, son mil veces un pálido reflejo de las muertes y de la ruina que el mundo ofrenda en el altar del monstruo capitalista.

Esta es, pues, la diferencia entre el capitalismo y la riqueza: aquél un parásito monstruoso, que vicia y corrompe todo lo que toca, producto del egoismo insaciable y del más grosero error económico que

pudo cometer la humanidad; ésta, la riqueza, todo lo que existe en el mundo para bien del hombre que, con su ciencia, cada día más universal, podrá transformar en riqueza los propios movimientos sísmicos y la ceniza de los volcanes.

La riqueza, origen único y exclusivo de todo lo que puede ser valorado, infinitamente más valiosa que todos los capitales y circulantes del mundo, pertenece a todos los hombres; el capital, que solamente sirve para corromper todo lo que hay de bueno, pertenece a unos pocos.

## EL CAPITAL

Por venir aquí muy a propósito y para que no se exagere, por ningún motivo, el grado ni la clase de la aversión que me inspira el sistema actual de las necesarias jerarquías sociales, os voy a relatar el caso de un joven de la mejor sociedad, que muchas personas no conocen.

En un rincón apartado del mundo, vive todavía un vástago de la antigua nobleza. No es un noble cualquiera, de esos que se encuentran a cada rato, ni menos aún un simple hidalgo. ¡Qué va a ser un Hidalgo! Se trata de un noble entre los nobles, de extirpe nobilísima, tanto que ya más no puede serlo.

Por causas que no precisa exponer, y que me obligaban a interesarme vivamente por el triste caso de este caballero, que vive casi enteramente solo, a pesar de que no dispongo de grandes medios de fortuna, he logrado estudiar y conocer casi a fondo su vida íntima. Como últimamente lo he visto en una situación más crítica que antes, aprovecho la ocasión para hacer un llamado a las personas nobles, que también lo hayan conocido y tratado.

Pero quiero contarlo todo, para que así tenga una utilitaria respuesta mi llamado a la nobleza. Propiamente, no es capital lo que este caballero necesita ahora, porque tiene provisiones para varios años en su despensa y en sus graneros. Vive en un castillo realmente inexpugnable, como lo merece tanta nobleza, y los parques, jardines y todo lo que rodea el castillo, está lleno de encantos y atractivos.

Cuando este caballero, cansado talvez de la vida de palacio,—todos sabemos como es aquello—, hubo de retirarse a la vida solitaria en que vive, se llevó consigo, en calidad de hija adoptiva, a una pequeñuela nacida de pocos días que, casualmente, encontró abandonada en un departamento de la mansión que dejaba.

Esta pequeñuela, única compañera de este hombre noble en su inexplicable retiro, durante los últimos años transcurridos, ha revelado tantas y tales dotes de extraordinaria capacidad y, muy especialmente, de hermosura, que no acierto a describiros. Tanta hermosura y tanta nobleza no podía, como lo decía yo mismo, permanecer por mucho tiempo oculta del todo a la mirada codiciosa del mundo. Súpolo antes que nadie un mozo, que hoy se ha averiguado que no es noble sino simplemente un ciudadano palestino, audaz y de elegantísimo porte. ¡Y aquí está la desgracia de este desgraciado noble! ¿Cómo no se pudo averiguar a tiempo la baja extirpe de este mozo audaz?

A buen seguro que, de pedirlo y de mostrar este noble sus títulos de nobleza, todas las naciones del mundo hubieran empleado sus escuadras y sus ejércitos para defenderlo.

Sin embargo, el caso no es perdido todavía y todas las clases altas del mundo acudirán a este lla-

mado, especialmente ahora que, con motivo de haber pedido aquel mozo la mano de la princesa, muchos sabios han logrado establecer, al decir de los antiquísimos pergaminos recientemente encontrados en Palacio, así se llama éste como Ciudad Roma, y últimamente por el análisis de las propias impresiones digitales, que esta princesa es verdadera hija de este Rey que, ahora, en vista de lo que le sucede, desea volver a sus dominios.

Ahora sí que estarán jubilosas todas las aristocracias y nobleza de la tierra. Un Rey desterrado que desea reinar. Y no se trata solamente de salvar al Rey: la princesa es hija suya también y por la suerte de dos tales nobles de tal extirpe, deben movilizarse todas las fuerzas navales, terrestres y aéreas del mundo.

El mozo audaz, ese que yo os he relatado, solamente ha logrado causar un agravio a la majestad real, al osar pedir su mano con el malvado intento, naturalmente, de apoderarse de la persona misma de la princesa a la que, desde hacía algunos días, le llevaba unos paquetes de bombones, que la noble princesa encontraba buenos porque no había otros en Palacio.

Ahora os voy a decir quién es este Rey, quién ella y quién el mozo.

El Rey es el Hombre Social, ella la Riqueza Social, el Mozo Audaz, el Capitalismo. Los bombones, ya lo habéis visto que son los empréstitos.

Los títulos del Rey, o sea, del hombre, ya los analizamos; el orígen de la Riqueza, o sea, la Princesa del Mundo, también lo vimos. Veamos ahora los títulos del Capitalismo, que, a primera vista, son tan pequeños e ilegibles, que necesitamos toda la ayuda de un buen microscopio para analizarlos.

Ahí, en un rincón de la casa, cubierto de polvo y de oropel, todos sabemos que hay un microscopio bueno: el microscopio de la lógica pura.

Sáquele, entónces, el polvo y el oropel y venga conmigo para que estudiemos los títulos de este mozo palestino que, con su audacia y descaro inauditos, nos urge a que los comparemos con los del Rey y los de la Princesa Augusta.

Este análisis lo vamos a hacer con tanto más entusiasmo, cuanto que, a insinuación del Rey, que desea encontrar para la princesa un príncipe consorte, también de noble extirpe y de sangre real, acaban de presentarse un sinnúmero de pretendientes. Se destaca entre todos un gallardo mozo que, además de haber presentado ya títulos claros y de pura sangre real, se ve que no lo mira con malos ojos la princesa. Es el Socialismo con su chance innegable. Este no trae hombones, pero el Rey dice y repite que lo único que él mira es la nobleza. No le han parecido bien ni el Comunismo, ni el Anarquismo, ni otros que se han presentado a Palacio con las ropas un tanto raídas y títulos no bien claros.

Pero vamos a analizar los titulillos de este pretencioso Capitalismo, ya que hemos de ser nosotros los únicos encargados de facilitar la búsqueda del verdadero príncipe.

Este Capitalismo habla tanto, con el objeto de enmarañar la cuestión, que no se le pueden oir mas que algunas sílabas y finales de palabra. Sin embargo, se oye bien claro que de su horrísono organismo de propaganda mundial salen estas palabras entrecortadas: intereses, renta, riqueza, capital, trabajo, capitalismo, supervalía y otras cosas que nos llaman menos la atención todavía.

Parece como si se estuviera ahogando, pero co-

mo es un plebeyo tan grande, lo dejaremos que siga dando muestras inequívocas de ahogamiento. En el mundo sólo deben vivir los nobles y los príncipes.

Al fin, ¿qué dicen los titulillos que estamos analizando? No alcanzan a distinguirse bien claro, que clase de especie fué la primera que se compró y que se vendió y que, al decir de otros garabatos escritos en los papeles, parece haber sido el origen del capital. En todo caso, aparece luego la compra-venta de un bibelot que, no habiendo motivo para que varíen las conclusiones, lo tomaremos como el origen verdadero del Capital.

Esta compra-venta originó una acalorada disputa entre dos capitalistas: comprador el uno y vendedor el otro. Trascribiremos aquí su texto íntegro, en vista de que su conocimiento vale por una lección completa de Socialismo económico-político.

¿Cómo se imagina, compadre, decía el comprador, que voy a darle $ 1.000 por un bibelot cuando el valor real de cada uno es apenas de $ 2.00? ¿Acaso está Ud. ciego que no vé que la Demanda actual de aquello es nula y hay que cotizarlo bajo su valor real?

Bien visto lo tengo, contestaba el vendedor, pero Ud. también sabe que yo no puedo vender el bibelot en el valor específico de $ 2.00 que tiene y que es lo propio que a mí me cuesta.

¿Dónde quedaría para mí el beneficio, la utilidad, el crédito, el interés, la renta, la supervalía a que tengo tanto derecho? ¿Acaso no sabe Ud. que sin estas utilidades no se puede vivir? Ud. es un canalla desvergonzado, que se imagina poderme quitar el fruto de mi trabajo, quitándome la ganancia honrada y comprando mis mercancías a un precio absurdo.

El desvergonzado y el malvado es Ud., contestóle el otro, que, abusando de la Ley de la Demanda (hacía poco que se había dictado en un mismo decreto con el de la Oferta) quiere Ud. estafarme en $ 998.00 con esto.

Total, después de injuriarse mutuamente y casi en forma un tanto grosera, el comprador se retiró de allí cabizbajo. El vendedor se internó casa adentro todo pensativo. Ambos se hacían mil reflexiones y recriminaciones sobre el frustrado negocio de la compra-venta.

Lo que es el comprador, iba diciéndose para sus adentros: si compro yo ese bibelot que nadie me saca del magín que solamente vale $ 2.00, a fé que no le iba a vender yo en $ 1,000, porque, siendo primer bibelot y habiendo demanda, lo hubiera yo vendido en $ 10,000.

Con estos $ 10,000 que, desde el primer momento habrían ganado sus intereses siquiera de un 10 o|o mensual, pasando por metalúrgico con derecho a habitación barata y con algo de influencia, con sólo el pago de $ 100 de plé, adquiriría un palacete que tuviera un valor real de $ 100,000. Entonces, tendría crédito por varios miles de pesos en cada casa comercial los que, a su vez, habrían de traducirse en intereses y honradas utilidades; luego vendrá la urbanización que haría subir muchas veces la renta del palacete y héte aquí que el buen hombre, sin haber desarrollado ni siquiera un átomo de trabajo o esfuerzo, se vería, de la noche a la mañana, convertido en multimillonario.

Este éxito capitalista importaría, es claro, falta de trabajo para muchos, quiebra de comerciantes y un sinnúmero de miserias. Tanto negocio, tantas transacciones financieras con movilización de gran

parte del dinero del país, no habrían añadido ni siquiera una molécula a la riqueza social y habría malestar, a causa de las pérdidas, ruinas y desmoralización consiguiente.

Si el mundo se da cuenta de la causa de tantas miserias, es claro que nuestro capitalista correría el riesgo de ser linchado, pero él, antes de ser sorprendido, con una gran bolsa bien provista de dineros, se retiraría a Doorn u otro lugar apacible de tantos que hay y en donde ya ninguno de esos ciudadanos pretenciosos pudiera molestarle un cabello de la cabeza.

Pero no termina aquí la historia de la primera compra-venta capitalista. Aunque estaba ya probado que, entre dos capitalistas que manejaban con igual pericia el arma utilitarista, no había negocio posible, el dueño de los bibelots necesitaba vender porque, según él lo repetía, no podría vivir sino hacía utilidades.

Un Socialista, que había oído perfectamente el soliloquio del Capitalista comprador y que tenía urgente necesidad de un bibelot, vino al siguiente día al encuentro del Capitalista vendedor. También tuvieron una discusión larga, relativa al precio de la especie, en la que el Socialista, valiéndose de los conocimientos adquiridos el día anterior, terminó por convencer al vendedor que lo único lógico, lo único honrado y que no iba a originarle a nadie ningún perjuicio, era que le vendiera el bibelot en su justo valor, o sea, en $ 2.00.

Convinieron en el precio de $ 2.00. Llevóse la especie el mozalbete socialista, y es fama que no hubo pérdidas para nadie ni disturbios sociales.

Esto es lo que, con el microscopio de la simple lógica, se puede leer en los titulillos del capitalismo, ese mozo palestino audaz y plebeyo que, a pesar de

estar ya en descubierto, quiere obligarnos a que le analicemos sus titulos de nobleza. Con esto basta y sobra, y por si os quedara la más mínima duda, como todo árbol se conoce por sus frutos, voy a terminar este acápite del Capital, haciéndoos otro relato, de carácter enteramente distinto al relato alegórico que acabamos de ver. Os contaré una historia real, que la vi yo mismo, que conocí a todos los protagonistas; una tragedia de esas que poco se ven y en que interviene el Capitalismo Internacional, de una parte, y de la otra una numerosa familia de chilenos. La tragedia es para los chilenos, no hay duda: el Capitalismo sólo sabe de utilidades.

En un pueblo de la zona agrícola de Chile, al final del año 1917, vivía, en forma, no diremos acomodada, pero sí en bastante holgura para satisfacer las principales necesidades de la vida, una modesta y numerosa familia chilena. Esta familia se componía del padre y de la madre, ámbos de 44 años de edad, mas los hijos que habían nacido de este matrimonio y que eran 11: 4 hombres y 7 mujeres.

Varios años antes de la guerra europea, el hijo mayor de esta familia había salido de Chile con el propósito firme de estudiar, además de idiomas, de los que ya conocía el Francés a fondo, Sociología y otras Ciencias que pudieran hacerlo ciudadano útil a la Patria, una vez que regresara.

Como a tantos otros, estaba escrito que la suerte no habría de sonreir a este chileno que salía de su país con tantos deseos de servirlo. Al estallar la guerra europea, el año 1914, se encontraba en Bélgica, en donde su vida estuvo varias veces en peligro inminente y en donde debió presenciar los horrores de la guerra, como talvez pocas personas, según lo ates-

tiguan las cartas que, a fines del año 1914, escribía a su familia.

Pasaron años y esta familia chilena no tuvo ya más noticias del hijo mayor, siendo su accidentada salida de Bélgica, al final del primer año de guerra, lo último que de él se supo. Debió morir.

Los demás hermanos eran, como vimos, 7 mujeres y 3 hombres. Uno de estos hombres tenía apenas dos años, el otro 16, y el primero 18, y que ya ayudaban al padre, que era comerciante, en el manejo de sus negocios. El joven de 18 años era toda la esperanza y el orgullo de esta familia de trabajadores; todavía quedan hoy pruebas vivas de sus grandes capacidades físicas, morales y de inteligencia, que tanto lo hacían dibujar una buena carta topográfica, como llevar la contabilidad o empeñarse por hacer él mismo construcciones de campo. Descansaba el padre, que había trabajado incansablemente durante 25 años para mantener la familia, y se alegraban todos.

Cinco años después de la tragedia que voy a contar, ví llorar a uno de los amigos de este joven cuando se acordaba del jinete destrísimo, del hijo y hermano ejemplar, del agricultor a las derechas y del amigo bueno a carta cabal.

Por una de esas causas, tan corrientes en nuestro actual régimen no-socialista, esta familia tuvo necesidad urgente de una cantidad de dinero, que no podía reunirse tan rápido en el comercio agrícola en que trabajaba y ganaba el sustento para él y para todos el Jefe del hogar. La necesidad era efectiva: hubo consejo de familia y se acordó, como resultado, que la madre con las 7 hijas mujeres y el niño de dos años se quedarían en la casa y trabajarían, como se pudiera, para el mantenimiento de la casa y la

educación de las hijas menores, que eran varias. El padre y los dos jóvenes se irían a uno de nuestros centros mineros, que aún eran activos en ese año 1917, trabajarían los tres en una ocupación cualquiera y, en poco tiempo, lograrían reunir el pequeño capital que se necesitaba, lo cual hecho, volverían inmediatamente al hogar común, donde estaban los negocios y había las más risueñas esperanzas.

Llegó el día de la partida y los tres chilenos partieron del centro del país en dirección al norte. Llegaron a Antofagasta, llenos de fé en el éxito.

Los tres eran trabajadores de pura cepa, precisamente lo que necesita y desea el Capital, que mantiene esos centros mineros en floreciente estado.

Encontraron inmediatamente el trabajo que buscaban y las cosas marcharon perfectamente hasta el día 18 de Enero de 1918. Al siguiente día llegaba a poder del Juzgado de Subdelegación correspondiente un documento que me permito extractar y que dice:

"Chuquicamata, Chile, 19 de Enero de 1918.
"Señor Juez de Subdelegación.
Calama.

"Muy señor mío:
"De acuerdo con lo prescrito en el artículo 13.
" de la Ley de 27 de Diciembre de 1916, pongo en su
" conocimiento los siguientes datos relacionados con
" un accidente ocurrido en las faenas de la Chile
" Exploration Co.:
Nombre del Patrón.....
Nombre de la víctima.....
Edad de la víctima.....
Estado, etc. .....
"La víctima trabajaba en el desempeño de sus
" labores cuando la polea número cinco lo cogió, ori-

" ginándole una muerte instantánea. La Compañía
" ha sufragado con lo que demandan sus gastos fu-
" nerarios".

"Dios güe. a Ud.

"Por Chile Exploration Co., (Fdo.) H. Bellingen, Gerente General".

Había caído el mejor, el más animoso y esforzado de los tres, ese jóven que era todo el orgullo y la esperanza de esa numerosas familia chilena que lo lloró desde ese día.

Y una vez más, en la cadena sin fin de casos, la balanza caía pesadamente para volcarse en el platillo de las utilidades de una poderosísima firma, así la llaman los abogados nortinos. La pérdida irreparable, el dolor inmenso y la miseria de una numerosa familia de trabajadores chilenos, que no era la primera vez que pagaban oneroso tributo al sistema, no pesaban nada, nada. Estaba ya dispuesto en la frase elocuentísima del parte judicial: La Compañía ha sufragado con sus gastos funerarios. ¡Capitalismo infame! ¿Hasta cuándo nos vas a repetir impunemente la frase cínica?

El padre de la primera victima, loco de dolor, trabajó vanamente por obtener una indemnización, que le permitiera trasladar a su pueblo natal el cadáver de su hijo, hecho trizas en muerte horrorosa. Había pruebas de la culpabilidad de la poderosa firma que, hasta ese momento, mantuvo descubierta la polea asesina y que, al siguiente día, recubrió. Así se alejaba el peligro..... de que una nueva victima pudiera significarle algún desembolso de utilidades.

Ni el Juez de Antofagasta quiso oir a ese padre, ni se encontró abogado que defendiera a las victimas sobrevivientes. Compañía poderosísima, decían.....

Pero no termina aquí la tragedia y, para que se

evidencie toda la verdad que necesitamos conocer, debo relatarla toda.

El padre y el hijo debieron volverse a su pueblo natal sin el dinero que fueron a buscar y agobiados por el dolor de la pérdida irreparable.

El horrible espectáculo del accidente les quedó tan grabado y los afectó en tal forma, que ambos contrajeron una dolorosa enfermedad nerviosa que, casi a diario, los hacía caer de bruces o de espaldas en cualquier parte y en cualquier momento, permaneciendo rígidamente, sin hablar y sin conocimiento, a veces días enteros.

Así las cosas, falto el hogar de las mejores fuerzas que lo sostenían, transcurrió más de un año, plazo en que, para sufragar los gastos de enfermedad y otros, se fueron vendiendo en pública subasta y a ínfimo precio, una especie tras otra y, por último, la propia casa.

Todo se acabó. La casa que yo conocí y en donde de tantos años había reinado la abundancia, la alegría y la esperanza, ahora estaba llena de luto y de miseria.

¿La causa principal? ¡La codicia insaciable del Capital! ¡Ahora sí que estoy convencido de que el Capital es producto del trabajo!

El Capital sube y sube tanto más, mientras mayores sean las miserias y dolores y más abundante y generosa la sangre del pueblo trabajador que lo mantiene.

## LA PRODUCCION Y EL CONSUMO

Para que nos sea más fácil comprender bien a fondo la naturaleza y el mecanismo de estos fenómenos sociales, voy a compararlos con fenómenos naturales y sencillos.

La Producción y el Consumo son funciones en el cuerpo social, del mismo modo que la circulación de la sangre y la nutrición, son funciones en el organismo humano. Si el sistema circulatorio y el sistema digestivo y de nutrición que alimentan, nutren y vivifican el cuerpo humano no responden a las exigencias de la naturaleza, si no están a la altura de sus altas finalidades fisiológicas, el organismo humano enferma, languidece y puede morir. Así también, a los sistemas de Producción y de Consumo en la sociedad, en torno de los que gira casi todo el problema social, deben corresponder organismos de producción y de consumo que estén a la altura de sus altas finalidades. De no ser así, la aguda anemia que hoy aqueja al cuerpo social, hará que este muera a corto plazo.

En conformidad con este criterio, si la producción ha de circular por todo el organismo social para, así, llenar todas las necesidades del consumo o nutrición, como lo hace la sangre arterial que nutre y vivifica el cuerpo humano, el sistema de producción no puede estar en manos de capitalistas ni particulares irresponsables, sino que debe ser, como lo enseña el Socialismo, una función social o del Estado. Toda la sociedad necesita limpieza y no cuerpos extraños en su sangre.

El cuerpo humano usa, consume y se nutre maravillosamente con toda la producción o sea con toda la sangre que corre por sus venas y arterias y que le proporciona la Riqueza del Aire, del agua y demás alimentos. No puede perder nada de esa producción de sangre, porque pierde su equilibrio. Del mismo modo la sociedad no podría ver con buenos ojos, porque le es evidentemente perjudicial, la pérdida de parte que sea de la producción, porque toda ella es

necesaria al consumo y a la nutrición del cuerpo social, y significa pérdida del trabajo y del esfuerzo humano que ha debido intervenir en esa producción.

Veamos, ahora, cómo procede el actual sistema capitalista de producción.

El dinero y la producción son producto del trabajo, dice el capitalista, y ya hemos visto que no deja de tener su poquito de razón, y, de consiguiente, el capital que se gasta en obtener y fomentar la producción debe producir utilidad. No está probado esto de la utilidad, pero concedamos que tenga la razón el capitalista.

Todavía no hemos terminado de hacerle esta concesión y ya el capitalista nos ha traído al terreno del debate el manoseado argumento Aquiles, de la Oferta y la Demanda. Pero este argumento ya lo tenemos trillado y sigamos adelante.

No olvidemos, sí, dejar de consignar aquí el hecho de que nadie, ni siquiera el Filósofo, supo jamás en virtud de que Ley natural o escrita, el Capitalismo, este parásito de la riqueza del mundo, muy pasito y antes que nadie se percatara de ello, empezó a incautarse de todos los medios de producción. El Capitalismo aprovechó la noche del caos social y del desconcierto general, cuando el dueño de casa dormía, para entregarse al saqueo de algunos altos valores, tal como el ladrón vulgar saca partido de las tinieblas para dedicarse al robo en saco.

La Ley primitiva de la Producción y del Consumo, que tan bien cumplieron las tribus de los patriarcas y los ciudadanos de Esparta, está todavía grabada con caracteres indelebles en todo el cuerpo y, especialmente, en la mente y en el corazón de cada ser humano. De un sólo artículo consta y dice: **La producción ha de ser tal, que alcance a abastecer todas**

las necesidades del consumo mundial. No dice nada, ni de Oferta ni de Demanda, ni de las utilidades del Capitalista.

Pero dejemos aquí esta Ley para que, con más detenimiento, podamos hacerle el debido comentario y ponderar, como bien se lo merecen, las dotes sublimes del sabio legislador que, no solamente la redactó en términos inequívocos, sino que dispuso que, así como en el billete capitalista se había de escribir tantas veces la Ley de cada uno, así también se escribiera esta Ley en cada uno de nosotros: tantas veces como para que no pudiéramos borrarla jamás, ni confundirla con pseudo-leyes.

Pues bien, el Capitalismo, no contento con sus depredaciones tenebrosas, sale a la luz del día, se hace pasar por trabajador honrado, entra en negociaciones con los pueblos y, con la ayuda de un magnífico sistema de envase que dice tener, pretende hacerse cargo, gratuitamente, de la producción mundial y de su acarreo a los centros de consumo.

Ahora bien, como al Capitalismo no le interesa el cumplimiento de la palabra empeñada, en el sentido de abastecer el consumo mundial, sino que solo le importa no salirse del estrecho envase o marco de utilidades, de la renta, del interés, de la supervalía, etc., se están produciendo en todo el mundo los curiosos y vergonzosos fenómenos de las crisis de sobre-producción.

Estos períodos de super-abundancia de productos, es decir, los días que debían ser de bienestar y de holgura para todos los hombres, el Capitalismo los transforma en crisis generales, en aumento alarmante de las miserias, en guerras, en hambre, en escasez de los mismos productos que están sobrados.

¿Puede darse un sistema más absurdo?

¿Con qué derecho puede el Capitalismo pedir, ni menos aún exigir, que el mundo le siga tolerando sus crasos errores económicos, sus necias pretensiones respecto a la riqueza social que intenta acaparar?

Es evidente que estos son momentos críticos para este proveedor tan audaz como incapaz. Ha quedado en descubierto ante la humanidad, pero su audacia inaudita le permite seguir en los gritos destemplados de la gran prensa y demás órganos de propaganda mundial, con que aún pretende engañar al mundo.

Sin embargo, brilla ya para la humanidad el sol de una esperanza. Son incontables ya los que han visto en las villanías infinitas del sistema capitalista su ninguna nobleza y su incapacidad absoluta para seguirse desempeñando como proveedor del mundo.

Cualquiera puede ver ya la mano misteriosa que escribe en las paredes de la sala del festín capitalista, las famosas tres palabras: están contados los días del predominio nefasto del Capitalismo.

Acaba de hacer su aparición en el mundo social una doctrina nueva que, en lo que respecta a los fenómenos de la producción y del consumo, tiene por base la Ley Primitiva, que cuenta con muchos partidarios entre toda clase de personas y que, por lo tanto, y en vista de los errores e incapacidades del capitalismo, deberá desplazarlo de todos los centros de producción y de consumo. Esta doctrina novísima es el Socialismo puro (1).

---

(1) Cuando, en el curso de esta obrita, hemos hablado de Socialismo chileno, ello no ha sido porque deba entenderse que hay varias clases de Socialismo, sino simplemente porque esta teoría ha sido o está siendo aplicada en nuestro País.

Pero, ya que estamos hablando de Producción y Consumo, no perdamos de vista que la Ley Primitiva, diría, la Ley Fundamental del Socialismo, según la vimos dos páginas más atrás, es: La Producción ha de ser tal que alcance a abastecer todas las necesidades....., etc.

¿Puede dictarse una Ley más sabia, más simple, más comprensiva y llena de previsión, diríamos, que ésta? Nada de Oferta ni de Demanda, ni las demás zarandajas y complicaciones de doble sentido de esas leyes capitalistas, malas en teoría, pésimas en la práctica y que, se vé, era inútil tratar de desenterrarles la Utilidad Social y el sentido, que no se lo desenterrara el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello.

Por eso, digo que jamás sabremos ponderar lo bastante la inmensa sabiduría del legislador que dispuso la dictación de la Ley Primitiva, hoy día, base del Socialismo Puro.

Se llama simplemente: "Ley de Producción y Consumo".

Nada de esos terminales tan corrientes en las demás leyes: publíquese, insértese, etc., etc. Este legislador, sabiendo que su Ley simplísima había de ser no solamente la forma del régimen social, sino que éste habría de confundirse con las propias altas finalidades de la sociedad humana, dispuso que esta Ley quedara grabada con caracteres eternos e indelebles en el cuerpo, en el corazón y en la mente de cada hombre.

Averíguelo Ud. en sí mismo y no me dejará mentir.

Este legislador debió conocer a fondo todos los secretos y todos los designios de la naturaleza misma, pues, ya es sabido que el cumplimiento de esta

Ley importa la felicidad del mundo y el incumplimiento su desgracia.

El legislador no dejó márgen para que se ponga ni se quite una letra al texto primitivo. Apenas si es dable hacer una adecuada reglamentación que permita no apartarse del espíritu de la Ley.

Esta última consideración ha dado nacimiento a la doctrina socialista, basada en la Ley natural y en el sagrado y muy humano deseo de respetarla. De consiguiente, el Socialismo repudia toda doctrina que, directa o indirectamente, tienda a establecer el desequilibrio entre las necesidades reales del consumo y de la Producción.

El Capitalismo no podía respetar esta Ley, más que el rufián respeta a su víctima, so pena de muerte; so pena de perder las utilidades; so pena de dejar de ser lo que es esencialmente: sistema de despojar a toda la humanidad.

Este Capitalismo necesitaba ataviarse de ciertas apariencias y, así como el diablo que vendía símbolos cristianos recorre el mundo sin ser descubierto, aquel también se hacía preceder de una carta fundamental y de una legislación completa.

¿La Carta Fundamental? Poco o nada dice, pero, como lo que convenía era hacer que la humanidad cerrara los ojos, están allí repetidas varias veces y en diversos tonos esas palabras que tanto halagan las pasiones: Capital, Trabajo, Renta, Crédito, Libre Cambio, Proteccionismo, Intereses, Utilidades, y, al final de todo, dice Supervalía con letras supermayúsculas. Cuando llegamos al final de la lectura de esta carta fundamental, el espíritu humano siente un pesado sueño: está incapacitado para hacer un libre examen.

¿Habrán plagiado algo de esa música celestial algunas de nuestras constituciones políticas?

¿La legislación completa? La Ley de la oferta y de la Demanda, con mucha literatura y aún más lógica, ya que todo se ha de basar en la carta fundamental de las ganancias leoninas. Y ni siquiera había necesidad de lógica ni de nada, porque ahí estaba el sopor, y esto último sólo se hizo para el caso de que un estudioso levantara la vista en un momento de lucidez.

Hay demanda de 1.000,000 de quintales de trigo, porque las poblaciones de un país tienen hambre. Hay que hablar con el Capital. El es quien tiene a cargo la producción y el consumo. Tiene más de 1.000,000 en sus graneros de reserva. El era capataz y capitalista, allí donde tienen hambre los trabajadores que sembraron y cosecharon el trigo. ¡En la buena están todos esos trabajadores, porque tienen asegurado el pan para todo el año! ¿verdad?

¡Qué va a ser verdad esto en el sistema capitalista! Mucha oferta hay y hay más demanda todavía, pero resulta que los trabajadores de ese país, por varias causas, entre las que se cuenta el reducido salario, han quedado un tanto descapitalizados y no pueden pagar más de $ 20.00 por cada saco. ¿Dónde quedaría aquello de las utilidades leoninas que prescribe la carta? Se dice que hay super-producción; el capitalista no entregará ese trigo para el consumo, porque no prohibe su carta fundamental Por este año no comerá pan ese país, lisa y llanamente.

¿Qué se hará, entonces, con ese enorme stock de trigo que tantos sudores le costó a ese pueblo que ahora tiene hambre? Se incinerará una parte.

otra se arrojará al mar y el resto servirá para multiplicar las ratas.

Y ya que entramos en la casuística veamos otro caso.

Dejemos a un lado los horrores, las miserias, los dolores e infinitos salvajismos causados, originados, provocados, fomentados y saboreados ya por el monstruo capitalista que, antes de la guerra, veía tambalearse los principios de su carta fundamental, cosa que hoy saben hasta los niños. ¿Qué significa el imperialismo Japonés en la China? ¿Qué significa la competencia insana de los armamentos? ¿Qué significan esos fenómenos que caldean el ambiente europeo: las deudas de guerra, las reparaciones? ¿Qué son las tarifas aduaneras y la crisis mundial sino los signos que el monstruo capitalista hace a sus adoradores para que se le aumente más y más la ración diaria de cadáveres y de miserias humanas?

Esta postguerra entre todas las naciones, tanto o más funesta que la conflagración europea de 1914, está produciendo las tiranías, la ruina y la hambruna general, en forma que el monstruo sonríe de placer a la vista de tantas víctimas como se le ofrendan y se le acercan a los piés.

No está contento el Capitalismo con haber amasado los incontables millones que, a manos llenas y con tanta mayor avidez cosechaba, cuanto las batallas eran más sangrientas y despiadadas: aún le quedan por liquidar, el asunto cada día más enredado de las reparaciones, del desarme y de la seguridad, para seguir en la carrera fantástica de las utilidades. Es el lobo del arroyo que, con ese mero pretexto de las reparaciones y las deudas, tiene suficiente para despojar hasta del aire que respiran, no solamente a los alemanes, sino aún a las tribus nómades que to-

davia no han dejado utilidades en la bolsa del Capital Internacional.

¿Que el mundo necesita con urgencia la paz y la tranquilidad en vez de la postguerra? ¡Qué importa eso! Lo que el Capitalismo necesita es que haya un número de víctimas, y no un número cualquiera sino un número crecido y que represente, aquí como allí, pingües beneficios, avaluables en dinero.

Que nadie confíe, pues, en la capacidad del Capitalismo para resolver los problemas mundiales, que el mismo creó, sino es a base de nuevos despojos a la humanidad. Si hay moratoria, si hay alguna aparente condonación, eso tiene por objeto que la víctima angustiada respire, que estas angustias humanas, mientras mayores y prolongadas, más agradan al monstruo que, ansioso, espera saborearlas entre el humo del incienso.

Es un momento terrible para el mundo, para la pobre civilización y, únicamente el socialismo, antítesis del capitalismo, sabrá construir la sociedad nueva sobre las ruinas del actual régimen.

El Socialismo no niega a los consumidores el derecho a alimentarse, no disminuye arbitrariamente la producción material ni puede, por su naturaleza misma, constituir ambiente para guerras intestinas ni internacionales. El socialismo no tolera que existan suelos incultos, minas paralizadas, fábricas cerradas ni capitales inactivos, cuando las necesidades de la sociedad así lo reclaman. Para el Socialismo el bienestar de todos y de cada uno de los ciudadanos está antes y primero que el agoismo brutal y estúpido del detentador de la riqueza social.

¿Que un país como Chile necesita diez o más Universidades, en lugar de tres? El Socialismo remueve del camino todos los intereses mezquinos que

pudieran oponerse a la satisfacción de esa necesidad nacional y el país tendrá los diez o más centros Universitarios que necesite.

¿Se necesita un minimum de un millón de quintales de trigo para el consumo anual? Simplemente se organiza la producción, en forma que la cosecha de trigo supere a las necesidades de este consumo. Cada ciudadano tendrá el pan que necesita y quedará un excedente exportable o de reserva, a que se dará el destino que corresponda.

Idéntico criterio, aplica el Socialismo a la producción de toda clase de artículos de primera necesidad, al vestuario, a los materiales de construcción y a todo lo que signifique una garantía, de que cada ciudadano tendrá todo lo que cada uno requiera para la satisfacción de sus necesidades.

Demás está decir que el Estado Socialista organizará la instrucción pública, en forma que haya un número más que suficiente de ciudadanos, capaces de tomar a su cargo la realización integral de los ideales socialistas, en la nacionalización de la producción y racionamiento del consumo.

También veo que está demás decirlo como se siembran y se cosechan las cuadras de trigo, los frejoles, el maíz, etc., etc.; como se mantiene un criadero avícola o uno de ganado vacuno, cabalgar o menor, ni como se acarrea todo esto desde los centros de producción a los de consumo.

De sobra lo saben todos los agricultores y, si Ud. desea conocerlo en detalle, puede venir con nosotros. Digo: porque ahora se sabe demasiado de psicologías y que puede haber por ahí mas de alguien capaz hasta de hacerle una grave objeción al propio socialismo, por el sólo hecho de omitir yo aquí estos detalles.

Solamente queríamos dejar probado, y no es necesario más, que el socialismo es una doctrina económica que permite aprovechar todos los recursos de la riqueza social y del trabajo de los individuos, en beneficio directo e inmediato de todos y de cada uno; que da a cada persona lo que legítimamente le corresponde y que, en consecuencia, de hecho y de derecho, elimina todo el sistema caótico, erróneo y nefando de la explotación capitalista.

## EL FACTOR HUMANO

Ahora que hemos visto lo que es trabajo, riqueza, producción, consumo, demos una mirada a ese sujeto de infinitas relaciones, que nació para crecer y multiplicarse, para dominar sobre las aves del Cielo, los peces del mar y las bestias de la tierra; para crear y derribar Imperios y emperadores, para levantar ciudades y constituir Repúblicas.

¿Cuál es la naturaleza de esa célula social, que vemos trabajar, que vemos producir, que vemos consumir y sin cuyo concurso no tendrían razón de ser ni valdrían un céntimo las riquezas todas del mundo?

A este Rey de la creación le sientan bien todos los epítetos.

Tanto compite en agilidad, en ferocidad y en fuerza con los animales de las selvas, como se transforma en un pobre de Asís; tanto podéis verlo triunfar en Roma como convertido en esclavo; tanto le da construir una Síbaris corrompida, como una Esparta severa; ayer mantuvo monarquías de origen divino, hoy constituye consejos de obreros y soldados.

Nada tiene, entonces, de extraño esa diversidad de nombres con que lo han bautizado. Tan bien le

sienta el título de Homo Sapiens (Hombre Sabio), como el de Homo Stultissimus (Hombre Tontísimo) aunque hoy día más parece sentarle esto último.

Nada hay tan sabio como los grandes principios sobre que se ha venido aumentando la riqueza mundial, nada tan sabio como esas admirables organizaciones e instituciones sociales, esas múltiples creaciones de la inteligencia, tan admirablemente bien dirigidas al logro de todos los fines humanos y, al mismo tiempo, nada tan inconsulto, tan ilógico y estúpido como las sangrientas y devastadoras luchas de las guerras y de la paz, que dan al traste con todo el trabajo y los esfuerzos de siglos, enderezados al gran objetivo humano: el bienestar.

Mucha sabiduría pero, lo que es ahora, la ignorancia de sus derechos ciudadanos y la cobardía y las ruinas consiguientes, son tan pronunciadas, que dan deseos de envidiarle la suerte al más mísero y desamparado de los demás seres de la creación.

¿Que miento? Abra bien los ojos y mire hacia todas partes y, si aún no viera nada, en razón de que la luz le hubiera sido cortada por alguna de esas firmas que obtienen concesiones por 99 años, lea las siguientes palabritas del actual Ministro de Hacienda, copia feliz del panorama patrio. Dice Zañartu, en "El Mercurio", de fecha 27 de Julio:

"Chile, que tiene una naturaleza privilegiada
" (¡más riquezas aún que otros países!) cuenta con
" 45.000,000 de hectáreas de tierras agrícolas y de
" pastoreo, que son tan buenas como las mejores de
" los países de Europa.

"Respecto de las posibilidades de nuestro país
" basta un simple cálculo comparativo.

"Francia tiene 18.000,000 de hectáreas cuadra-
" das, que producen alimento suficiente para una

" población de 30.000,000. Según ese cálculo, Chile
" debería alimentar, con facilidad, 80 millones de
" habitantes. Sabemos, no obstante, que sobre su
" territorio vagan hoy día, perseguidos por el ham-
" bre y la miseria, la mayor parte de los 4 millones
" de habitantes con que cuenta el país.

"Respecto del factor humano, podemos afirmar
" que no hay en el mundo raza más esforzada ni
" más sobria que la nuestra. En parte alguna el tra-
" bajador dá un mayor rendimiento con relación
" a un Standard de vida miserable".

---

---

¡Entonces es mentira, es calumnia infame lo que con tanto desenfado predican del trabajador chileno! ¡Es borracho, vicioso y de poca capacidad intelectual y, por eso, no será nunca nada!

¡Que infame es el sistema capitalista; ¿No es cierto, lector, usted que sabe, como yo, tener las manos encallecidas por el trabajo y el esfuerzo constante?

Ninguna autoridad tienen esos señoritos de manos enguantadas, para calificar en forma tan despectiva al trabajador chileno, ni a nadie.

Todo chileno tiene tanta capacidad para ser un factor de progreso, como cualquier hijo de vecino. Que cumpla el Estado Socialista con su deber, y veréis cómo se levantan, en menos de diez años, 4 millones o más de ciudadanos, capaces de duplicar y aún triplicar la actual riqueza.

No es mi intento hacer consideraciones históricas, ni de ninguna clase, para indicar todas las causas precisas de la miseria entronizada en este país, pletórico de riquezas naturales, como lo acaban de indicar las palabras que acabamos de reproducir, del

Ministro de Hacienda; está demasiado lejos de mi el deseo de fomentar odios entre la familia chilena. Tengo la convicción profunda de haber indicado bien claramente la obra del Capitalismo, groseramente utilitarista, en los individuos y en la Riqueza mundial. Esta es la causa principal de los males sociales. No debe buscarse en otra parte. El Socialismo detendrá los avances del monstruo utilitarista y habrá cambiado la faz del mundo, a pesar del despecho, del fanatismo y demás engendros del espíritu del mal, capaz de todas las bajezas e hipocresías, cuando cree ver en peligro su reinado de privilegios estúpidos.

Es cierto, y lo dejamos probado, que el sistema capitalista es y será, por siempre, absolutamente incapaz de reparar los perjuicios y daños infinitos que inflige a la humanidad, precisamente porque el alimento que le dá vida son las muertes, las ruinas, las quiebras, las crisis y todo lo que signifique utilidades leoninas e inmediatas.

Sin embargo, no podemos, si queremos conocer toda la verdad, ocultar el hecho de que en sus depredaciones y en sus grandes yerros, los Hombres Estado o Estadistas, como los llaman algunos, han contado casi siempre con una especie de complicidad universal, que atenúa la culpabilidad de su error.

Muchos años ha que los sabios debieron ver la posibilidad de hacer del hombre lo que hubieran querido, haciéndolo cultivar sus facultades intelectuales, morales y físicas, hasta su completo desarrollo, pero, sea por la proximidad de los pueblos bárbaros, que acometían, por inclemencias del tiempo u otras causas de fuerza mayor, sólo últimamente ha venido a considerársele como sujeto de perfeccionamiento.

Sin embargo, era necesario, ante todo, que los Gobiernos y sus sucesivos regímenes se consolida-

ran en el mando. El factor humano era una incógnita y se pensó que, acaso, lo más práctico para el objeto de consolidarse en el mando era, en lugar de propender al perfeccionamiento humano, ponerle toda clase de trabas. El analfabetismo llegó a ser una especie de herencia para más de la mitad de los hombres, quedando el cultivo de las ciencias, letras, artes y demás bienes como un privilegio especial para los Hombres Estado y sus familias. El Capitalismo no se contentó con este Sistema de los viejos regímenes no-socialistas: creó el sub-hombre, a su imágen y semejanza.

El sub-hombre del régimen capitalista había de beber en la propia lactancia su credo económico y financiero. Se graduaría de Doctor en ciencias político-económico-sociales, sin necesidad de haberse preguntado nunca el por qué de las ganancias que sirven de fundamento al sistema; creería a pié juntillas en el origen divino de los Hombres-Estado y en su capacidad y obligación de dogmatizar y resolver todos los asuntos humanos; formaría todos los partidos políticos o divisiones que Ud. quisiera; votaría por cualquier candidato a cambio de cualquier promesa; creería también en el origen divino de las actividades del patrón, en la superioridad incontrastable de los lores, en la necesidad fatal de que la sociedad humana se componga de una multitud inmensa de miserables que imploran pan y en una élite de privilegiados, que se lo nieguen cuando así les plazca.

El monstruo capitalista había de ser el único verdadero Dios para el sub-hombre y, en tales condiciones, la humanidad perdería hasta la noción del derecho a preguntar el por qué de las guerras, de las crisis, de las reparaciones, de las post-guerras.

¿Qué derecho tendría el mundo a preguntar eso? ¡Lo hacía el Dios, el Capitalismo, a quien el mundo quemaría incienso!

Sin embargo, por la Ley de la la conservación y, para bien de la humanidad, podemos constatar que los planes siniestros del capitalismo, han sido desbaratados en toda la línea por el mismo advenimiento de la doctrina socialista. Vemos que, de la noche a la mañana, el sub-hombre recobra su naturaleza de hombre y el monstruo horrendo amenaza quedar aplastado bajo el peso de sus infamias.

El Socialismo, el verdadero salvador del hombre social, viene a redimir al hombre degradado e injuriado por el Capitalismo que, para no desembolsar hasta el último céntimo de sus fementidas ganancias, pretendía estimar en menos.

El Socialismo, que no persigue como finalidad el predominio de unos pocos y que, por consiguiente, rechaza la explotación del hombre por el hombre, con su inmoral y nefasto sistema de utilidades, lejos de tener ninguna clase de interés real o aparente en ocultar al hombre la Verdad Social, necesita que todos los ciudadanos conozcan el verdadero estado de todos los asuntos y negocios públicos.

El Socialismo termina con la necesidad de engañar y, en su lugar, provoca, en razón de la limpieza, de la justicia y de la nobleza de la causa y postulados socialistas, la necesidad de dar a conocer a todos, todo el detalle de toda gestión republicana.

Estas son las razones básicas porque la novísima doctrina social, extractada de todas las más nobles doctrinas que conoció la Historia, al revés del Capitalismo que degrada al ser humano, lo levanta, lo instruye, lo protege contra toda explotación y hace que sus derechos sean una realidad efectiva.

El verdadero interés del Socialismo, está en destruir todas las miserias humanas; en cortar todas las cadenas que lo han hecho esclavo del error y del prejuicio; en procurar la multiplicación del superhombre, con mayor razón que los sistemas no-socialistas creyeron tener para la multiplicación del subhombre.

Como ya lo probamos en el acápite correspondiente, el Socialismo no puede tener más objeto que los propios de todo ser humano: vivir y perfeccionarse.

El Jefe del Gobierno Inglés, R. Mc. Donald ha estudiado muy bien la tarea y la importancia del factor humano en la sociedad. No resisto al deseo de citar un pasaje interesante de su libro Socialismo. Dice: Si el clima cambia, modifica sus vestidos y su habitación, y encuentra diversos inventos para desafiar a la Naturaleza en primer término, y, después, para explotarla. Analogamente a lo que hacen otros animales, protégese a sí mismo formando grupos, que riñen la lucha de la Naturaleza. Pero ellos se nutren, comprendiéndose en esta nutrición la requerida por la inteligencia individual y personal y por las leyes de existencia, ética, costumbres, justicia y religión del grupo. Y así se descubre una nueva senda de progreso, la senda que consiste en una inteligente concepción de fines y propósitos y en una adopción de los medios racionales para lograr estos fines. El hombre suple a la naturaleza. Le arrebata, por decirlo así, sus secretos, y usa de ellos para la consecución de sus propósitos racionales.

La Naturaleza produce y mata lo que puede; el hombre produce lo que necesita y destruye lo que no le hace falta. La selección de la Naturaleza es mecá-

nica: la del hombre, racional; la selección de la Naturaleza es accidental, la del hombre, consciente.

La perdíz va recubierta de plumaje castaño porque la Naturaleza termina con los ejemplares que van vestidos de otro modo, pero el hombre se viste del color que le place, sin temor alguno. El progreso humano no es el resultado de la ley natural de la supervivencia de los más aptos, sino del arte humano de crear individuos con aptitudes. La Naturaleza rodea a sus hijos con la muerte, el hombre los envuelve con la vida. El hombre, mediante su inteligencia, coopera con la Naturaleza y con sus semejantes para poder vivir.

## EL ESTADO FACTOTUM

El Socialismo, en su calidad de miembro de la más alta nobleza, nacido en los mejores sentimientos humanos, del sentido común y de la razón pura, no podría ni soñar siquiera en eludir las grandes responsabilidades de su nobilísima alcurnia. Todos sus postulados, todos sus objetivos, el por qué de todos sus actos y propósitos, están a la vista de todos, a la luz del día, y tiene tanto más interés en que el sol del meridiano ilumine el camino de sus actividades, cuanto que está más convencido de que en toda la doctrina nada hay que no sea grande y hermoso; noble, en una palabra.

Si se ha demostrado que los intereses del ciudadano particular y los del Estado son unos mismos intereses y, de consiguiente, hay necesidad de establecer un nexo entre los actos de ambas entidades, en forma que ningún interés pueda ser menoscabado, el Socialismo establece esa relación entre el Estado y el Individuo.

Si para el logro de estos objetivos, es decir, si para que cada ciudadano pueda satisfacer todas sus necesidades, precisa, como así es la verdad, que, en el plazo más corto posible, el Estado controle, dirija o simplemente tome a su cargo exclusivo una buena parte o la totalidad de los medios de producción, deberá tomarlos.

Los Hombres-Estado no quisieran, y así lo hacen saber por la prensa y demás órganos de la propaganda capitalista, que el Estado se inmiscuyera en los asuntos privados. No es conveniente para la buena administración de la República, dicen, y apuntan con su índice hacia Inglaterra. Para ellos cada individuo debe ser absolutamente libre, y su ideal social es el estado facnada más que lo que sea del agrado de los hombres-Estado y sus familias. El Estado Factotum sería una aberración de las masas ignaras y cuasi analfabetas, de las clases bajas, de esos iluminados socialistas y sovietistas y Ud. sabe, cuántos nombres nos ponen.

Ellos imaginan, que el Estado Socialista va a pretender ejercitar una especie de tutela y de providencia sobre la suerte de cada ciudadano, aunque sea pobre o plebeyo. ¡No aciertan a concebir tamaña transformación! De manera que el Estado, no sería ya esa Majestad severa e intangible, que era el secreto de la fuerza de la minoría privilegiada, que se hacía identificar con la fuerza Estatal.

Y no van muy descaminados en sus temores.

Pero nos tienen reservado un argumento, según ellos, contundente y capaz de poner K. O. al socialista más exaltado. ¿Cómo se va a organizar ese Estado-Providencia? ¡Qué burocracia más fantástica!

¿Qué hacer con estos caballeros que andan de tanto apuro? ¡Los negocios de Estado, es claro!

Sin embargo, digámosles que si quieren discutir con los hijos del pueblo, que también sabe lo que se dice, se vayan andando despacito, porque vamos lejos: más lejos todavía de lo que ellos se piensan.

Las frases limadas y rebuscadas de estos caballeros, no sabrían amedrentar al hijo del pueblo, que, aunque no ha tenido el placer de ver abrirse ante él las aulas universitarias ni demás posibilidades del privilegio, tiene, por la Ley conocida de la Naturaleza, más desarrollado que ellos el sentido común y el instinto de conservación.

El Socialismo, hijo del pueblo, no se para, como los conejos de la fábula, a discutir el argumento ese de la fantástica burocracia, sino que tiene el instinto, el sentido común y la experiencia que le enseña, que del mismo cuero salen las correas. Urgidlo a que os lo pruebe y no trepidará en hacerlo.

No es este, tampoco, el momento para probar que una buena administración de la República, como la exige y como deberá imponerla el Socialismo, dista mucho, muchísimo de ser lo que en la actualidad es. Hoy día no prima el interés de la colectividad, sino los intereses personales e inmediatos, poco se divisa la conciencia de los intereses generales y, en esta situación de desconcierto y de forzada inmoralidad, diría, todo el mundo se entrega a vivir y pasar el día lo menos mal que puede, esperando, como decía de la Vega, que venga pronto el Cataclismo Social o geológico, que lo libere de cumplir sus compromisos o de encontrarse en el trance de confesar que asumió responsabilidades.

¿Quiere Ud. el Estado Facnada o el Estado Factotum?

El Socialismo repudia la idea del Estado Facnada porque, con solamente los datos qué hemos adu-

cido, se prueba que es una monstruosidad, herencia de la barbarie. El hombre también es nada y si no me cree, dele una mirada al esclavo, al inquilino, al ignorante, al misérrimo hijo del pueblo que aparece por todas partes, producto del régimen, infinitamente más que del resto del medio ambiente.

El Socialismo patrocina la idea del Estado Factotum, porque significa civilización, porque significa el único progreso verdadero, porque aquí el hombre deja de ser esclavo para convertirse en lo que debe ser, en lo que jamás debió dejar de ser: El todo en la sociedad, así como hoy son todo, son el Estado unos pocos seres que se colman a sí mismos de privilegios absurdos.

El Socialismo necesita crear este Estado Factotum porque, en todas partes, hacia donde Ud. mire verá la necesidad de que exista una dirección de sentido total, que discipline y coordine las actividades de cada ciudadano, como lo decía D. Carlos Dávila, respecto a la economía individual. Esto es sistema socialista.

Una sociedad que fomenta las luchas fratricidas, que permite que unos miembros tengan intereses opuestos al interés de otros o al interés general, no es sociedad: cuando más sería una agrupación caótica de intereses e individuos. Esto es, sistema capitalista.

El Estado Factotum socialista tiene el deber de coordinar todos los esfuerzos de todos los ciudadanos, en el sentido de aumentar y limitar la producción necesaria al consumo de la colectividad y de cada uno, cuidando solamente de que no se pierdan neciamente, como hoy día sucede, tantas riquezas ni el trabajo y el sudor humano, que son dones de la naturaleza, que es estúpido y criminal despreciar.

Es asunto de la inteligencia de todos, y no de mi modesta capacidad, hacer aquí ni siquiera un croquis de lo que pueda o deba ser el complicado engranaje de un sistema de Administración Pública, que encuadre dentro del concepto Socialista de Estado. Sin embargo, creo poder aportar una idea que puede servir en la aplicación práctica de estos postulados de redención social, que exigen la pronta terminación del sistema de expoliación capitalista para reemplazarlo por el de dar a cada uno lo que es suyo. Vea el siguiente acápite.

## EL ESTADO, EL ESTADISTA, LA ESTADISTICA

El conocimiento de todas las necesidades del país y de sus habitantes, es la principal ciencia del Estadista.

El Gobierno no-socialista estudia estas necesidades de la nación y de cada ciudadano para explotarlas en beneficio del Capitalismo o de los privilegiados; el Gobierno Socialista las estudia para satisfacerlas en beneficio de todos y de cada uno.

El Gobierno no-socialista hace la Estadística de todos aquellos factores que pueden servir para la explotación humana y dejar inmediatos y pingües beneficios; el Gobierno Socialista, que dá al factor humano todo el valor que en realidad tiene, le dá máxima importancia a la Estadística, en cuanto se relaciona íntimamente con el bienestar de todos los miembros de la sociedad.

Ahora bien, este conocimiento, tanto en uno como en otro sistema de Gobierno, se basa en la ciencia Estadística que, no necesitamos decirlo, será tanto más perfecta y útil cuanto más exacta y minuciosa.

De consiguiente, atendida la alta finalidad del sistema, o sea **Dar a cada uno lo que es suyo**, el Socialismo está obligado a procurar la formación de un Servicio de Estadística Nacional que responda ámpliamente a este gran objetivo.

El Socialismo no puede desentenderse de las consecuencias lógicas del gran principio Social, que es su base, y, por lo tanto, el Servicio de Estadística Nacional Socialista, ha de comprender todos aquellos datos personales que permiten hacer de la justicia social una realidad efectiva.

Hoy día se habla mucho de hacer justicia a todos, pero esto no podría, en las actuales circunstancias, pasar de una hermosa frase o de un buen deseo, ya que el Estado no cuenta con una Estadística o datos que le permitan conocer lo que a cada uno corresponde.

Según lo hemos probado ya, el Estado no debe ser para el individuo un monstruo ni un padrastro, sino que un protector, un padre que conoce y que se preocupa de que cada ciudadano pueda satisfacer sus necesidades.

Hoy en día, el Estado no conoce a los individuos y, menos aún, podría conocer las necesidades y, ¿por qué no decirlo? las capacidades de cada uno.

No existe ningún organismo que responda a tan alta finalidad. Sin embargo, el mundo sigue y sigue sin que ni siquiera aparente preocuparse de la falla inmensa: el Hombre es nada, debiendo ser todo. Lo que Ud. está oyendo o viendo.

El Socialismo mira la Verdad cara a cara y no teme, como los sistemas no-socialistas, afirmar a la faz del mundo que el individuo es todo en la sociedad.

¿Hay necesidad de afrontar todas las consecuen-

clas? Se afrontan, lisa y llanamente, porque lo primero es buscar la verdad y lo segundo hacer la justicia aunque se hunda el firmamento.

Por eso, todo Gobierno Socialista está obligado a procurar, antes que nada, la creación del S. E. N. S., organismo que permite al Estado establecer exacta y minuciosamente todos aquellos datos necesarios al conocimiento de la capacidad y de las necesidades de cada ciudadano y, por ende, de la Nación y de los diversos pueblos y regiones que la forman.

Todos estamos obligados a cooperar en la formación y en el funcionamiento de este Organismo de Estadística que, es el alma racional del Estado Socialista y que lo distingue de los demás Estados como el alma racional distingue al hombre de las demás especies.

Estando, pues, probada ya hasta la evidencia la necesidad de establecer este Servicio de Estadística Nacional Socialista, es llegado el momento de dar la idea que tengo sobre una de las maneras que habría para organizarlo.

Por causas que no precisa indicar más a fondo de lo que ya hemos hecho, la actual Estadística, diluída en los diversos servicios de las diversas ramas de la Administración Pública es incompleta, es confusa, carece de la organización necesaria a sus verdaderas altas funciones y, de consiguiente, está muy lejos, pero infinitamente lejos, de responder al S. E. N. S., que el Socialismo necesita.

Veamos un caso práctico.

Cuando una persona cualquiera, natural o jurídica, ya se trate de un particular o de una autoridad, desea conocer las necesidades, las capacidades o la personalidad del ciudadano A, B o C, recurre inme-

diatamente a los particulares o a los Servicios Públicos que pueden proporcionarle algunos datos.

Estos son, por lo general, tan fragmentarios e insuficientes, que sólo en raros casos responden a la necesidad de hacer justicia.

Existe una falta casi absoluta de identificación personal, o conocimiento de los individuos, por parte de la sociedad. Esta situación no podría subsistir en una República Socialista, pues, vendría a significar que la administración de justicia sería ilusoria, como lo es hoy, del momento que su aplicación no descansa en la única base aceptable: el conocimiento exacto de cada ciudadano, de sus necesidades, de sus capacidades, de su personalidad, en una palabra.

Así, tenemos que nuestro Seguro Obrero, nuestro Registro Electoral, nuestro Registro Civil, nuestras Oficinas de Reclutamiento, nuestros Registros Parroquiales, nuestras Oficinas de Empadronamiento, nuestro Servicio de Investigaciones, nuestros propios Bancos, nuestra Oficina Central de Estadística y de Impuestos Internos y, en especial, nuestro Servicio de Identificación, etc., etc., proporcionan a los particulares y a las autoridades los datos que solicitan sobre la personalidad de los ciudadanos, pero ellos son tan rudimentarios, lo repetiremos mil veces, que, si bien son útiles en muchas ocasiones, no pueden servir de fundamento o de medio para alcanzar el objetivo máximo de una República Socialista: la Administración efectiva de la Justicia para todos.

Tenemos, entonces, que, ocupándose tantos servicios y tantos ciudadanos de la Identificación o conocimiento de las personas, **nadie conoce a nadie y todos nos conocen a todos**, con las consecuencias naturalmente castastróficas que el sistema acarrea y que se pueden apreciar distintamente, tanto en la

tragedia de Rusia, como en la poco menos dramática situación de miseria en los demás países del mundo.

No lo dudemos ni por un momento: que se establezca un sistema para que todos los ciudadanos sean conocidos y reconocidos sus derechos por el Estado y brillará, al fin, el sol de la justicia social, hasta hoy día oculto a las miradas anhelantes de la humanidad.

Si se puede o no llegar a este desideratum supremo, en el camino de las realidades puras, no es asunto que un sabio pueda resolverlo con una sonrisa o un nó despectivos o escépticos, sino que es asunto de muchas ciencias, de mayores experiencias y de esa psicología y de esa voluntad que nadie todavía conoció, en los pueblos.

Sin embargo, hay hechos que es necesario observar y estudiar a fondo, cuando hablemos de principios sociales.

No podríamos olvidar que el mundo entero es un encadenamiento de voluntades y de propósitos dirigidos a la consecución de los grandes fines humanos. ¿No faltará algún eslabón en esta cadena? Que sí, digo yo, y construir este eslabón que falta, es lo que yo propongo.

El Estado es un eslabón entre la Sociedad humana y la Comuna; el Municipio es un eslabón entre el Estado y la Familia; la Familia es un eslabón entre la Comuna y el Individuo, y este último es el principio de todos los fines y la causa única y exclusiva de todos los encadenamientos en el orden social.

Por eso, y por lo que ya dijimos en los acápites anteriores, soy de opinión que entre el Individuo y el Estado y la Sociedad falta todavía un eslabón que encadene los intereses de estas entidades, en forma de un nuevo organismo, que yo llamo S. E. N. S., Ser-

vicio de Estadística Nacional Socialista y que, en pocas palabras, trataré de explicar.

El Estado Socialista, en su calidad de Mayor Interesado en conocer y proteger a cada ciudadano, designa, para cada grupo de cien o más personas, un funcionario público que tenga como tarea principal el conocimiento y la protección de todo este grupo de personas, y que anote de cada una, todos aquellos datos que se estimare útiles o necesarios.

A este funcionario le daríamos cualquier nombre: cienomo, pongamos por caso.

¿No es este mismo el fundamento de los que desean una franca descentralización administrativa, y que piden para los Intendentes las amplias facultades que hoy día sólo tiene el poder central, incluso la de nombrar y ascender funcionarios, hasta los altos grados?

Es evidente que vamos hacia la descentralización, porque está averiguado que este es el sistema necesario para que progresen todas las provincias y toda la República.

Y, me pregunto yo, si esta descentralización es una causa para que progresen las provincias y la República, ¿por qué una mayor descentralización no habría de ser, también, causa de mayor progreso para los individuos y para los lugarejos, al mismo tiempo que para la República?

Es algo que aparece tan claro, al menos en principio, que no vale la pena ni tendríamos espacio para discutirlo.

Además, queda fuera de toda duda que una organización celular de la República, en la forma que insinúo, permitiría al Gobierno conocer con exactitud matemática y en cualquier momento, cualesquiera datos estadísticos que la República necesite.

Bastaría, para ello, que entre el Jefe del Estado y los cienomos se estableciera otra categoría de altos funcionarios, de los que cada uno habría de recibir y ordenar los datos recibidos de los funcionarios de menor categoría, datos que se enviarían a la Oficina Central de Estadística, en donde se ordenaría el conjunto de todos.

Con una organización celular de la República, al estilo de ésta, que, dicho sea de paso, no es ni el Falansterio ni el Sistema Comunal u otros ya conocidos, como irrealizables, el S. E. N. S., podría darnos los siguientes datos estadísticos:

1.o Número exacto de ciudadanos residentes y en el extranjero;

2.o Número exacto de hectáreas, con tal o cual cultivo que hubiere en el país;

3.o Número exacto y exacta capacidad económica, social, etc., de los habitantes, en tal o cual región;

4.o Cualesquiera otros datos que Ud. guste o pueda imaginar sobre un ciudadano o sobre el país y que, hoy día, con la actual organización o desorganización, es de todo punto imposible obtenerlos.

No precisa que yo mismo diga aquello de que los actuales funcionarios en servicio activo y en retiro y, si es el caso, los particulares de buena voluntad, tendrían un trabajo mucho más sencillo, mil veces más eficiente e infinitamente más noble, en una Organización Socialista Celular.

Cualquiera que haya observado el panorama del mundo o que haya seguido con atención las páginas de este libro, no podrá menos de convenir en que es necesario de toda necesidad, y de suma urgencia, el establecimiento de un régimen gubernamental que tenga por base la Identificación Trascendental o el

conocimiento exacto de cada ciudadano y del medio en que vive.

Ello es la más sólida y la única garantía efectiva para el resguardo de los sagrados Derechos del Hombre y de sus instituciones fundamentales: La Familia, el Municipio, el Estado, la Sociedad, la Propiedad.

Esto es Socialismo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

F I N.

# INDICE DE MATERIAS


| | | Página |
|---|---|---|
| 1 | Introducción | 3 |
| 2 | Socialismo | 9 |
| 3 | El Individuo y el Estado Socialista | 10 |
| 4 | El Hombre Social y el Socialismo | 13 |
| 5 | Las Clases Sociales y el Socialismo | 16 |
| 6 | La Propiedad privada y el Socialismo | 22 |
| 7 | El Régimen de Explotación Liberalista | 30 |
| 8 | El Régimen de Cooperación Socialista | 32 |
| 9 | Intereses paralelos de la Sociedad, del Individuo, del Estado | 33 |
| 10 | El Trabajo de Todos | 37 |
| 11 | La Riqueza | 43 |
| 12 | El Capital | 46 |
| 13 | La producción y el consumo | 57 |
| 14 | El Factor humano | 68 |
| 15 | El Estado Factotum | 75 |
| 16 | El Estado, el Estadista, la Estadística | 79 |


BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA